

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN JOSÉ DE LEONISA
MISIONERO ENTRE LOS TURCOS**

S. MILLÁN DE LA COGOLLA - 2018

SAN JOSÉ DE LEONISA, MISIONERO ENTRE LOS TURCOS

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN DE LA COGOLLA – 2018

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.
Vida religiosa.
Un pacto para el más allá.
Ordenación sacerdotal.
Predicación.
Misionero en Constantinopla.
El viaje.
Llegada a la gran ciudad.
Los esclavos.
Evangelizando a los esclavos.
Deseo del martirio.
Suplicio y liberación.
El regreso.
Apostolado en Italia.
Caridad con los necesitados.
Atención a los condenados a muerte.
Perdón y reconciliación.
Dones sobrenaturales a) Conocimiento sobrenatural. b) Profecía. c) Perfume sobrenatural. d) Luz sobrenatural. e) Visita sobrenatural. f) Bilocación. g) Milagros en vida. h) Multiplicación de alimentos.
Su muerte.
Su cuerpo.
Milagros después de su muerte.
Así era él.
Sus restos.
Beatificación y canonización.

CONCLUSIÓN **BIBLIOGRAFÍA**

INTRODUCCIÓN

La vida de san José de Leonisa es una vida maravillosa, porque tiene muchas cosas sobrenaturales. Él renunció a un matrimonio ventajoso con 7.000 escudos de dote, porque deseaba entregarse ya desde niño al servicio de Dios. Cuando ya fue sacerdote, su mayor deseo era ser misionero entre los turcos. El padre general, en la lista de los voluntarios, no lo escogió a él, pero Dios lo tenía en sus planes y, al retirarse uno de los escogidos por enfermedad, él fue en su reemplazo y así pudo cumplir sus sueños.

En Constantinopla se dedicó a servir y ayudar física y espiritualmente a miles de esclavos cristianos en peligro de renegar de su fe. Los cuidaba en sus enfermedades, les administraba los sacramentos, los animaba con sus palabras llenas de fervor y les hacía hasta los servicios más humildes.

En algunas ocasiones se ofreció a ser esclavo en lugar de alguno de ellos, pero en ningún caso aceptaron su oferta los patronos. Solamente estuvo entre los turcos un año y medio, pero ello lo marcó para toda su vida.

Al regresar a Italia se dedicó en cuerpo y alma a evangelizar a los pueblos más alejados de las ciudades, donde normalmente no llegaba ningún misionero o muy pocos. Y Dios bendijo su ministerio con abundantes y maravillosos milagros. Su vida podemos decir fue una luz en la oscuridad, una fuente de agua fresca para los sedientos de Dios, una presencia de Dios en medio de las adversidades, enfermedades y sufrimientos de toda clase, especialmente para los esclavos cristianos de Constantinopla.

Ojalá que la lectura de su vida aumente nuestra fe y nos ayude a pensar más en el más allá que en el más acá. Más en el cielo que en la tierra, más en lo espiritual que en lo material.

Nota.- *Proceso* se refiere al *Processo di beatificazione e canonizzazione del servo di Dio fra Giuseppe da Leonessa* (1639-1641), Ed. Frati minori cappuccini d'Abruzzo, 2012.

Vida hace referencia al libro *Vita di san Giuseppe da Leonessa secondo le testimonianze*, Ed. Leonessa e il suo santo, 2006.

SUS PRIMEROS AÑOS

Sus padres fueron Juan Desideri y Francisca Paolini, llamada comúnmente Zita, de familia noble y rica. Su padre era comerciante de telas y su madre se dedicaba a las labores del hogar. Ambos eran buenos cristianos.

Nuestro santo nació el 8 de enero de 1556 en Leonisa (del reino de Nápoles) en Umbría (Italia). Fue bautizado en la parroquia de Leonisa por el padre Francisco Corona. Su madrina fue doña Jerónima, esposa de Juan Ferrante, noble de Leonisa. Le pusieron por nombre Eufanio.

Su hermana Castoria refiere: *Cuando era pequeñito y tomaba el pecho, una noche mi madre se durmió mientras el niño lactaba. Durmiendo, se había echado sobre Eufanio y sintió que le daban una bofetada. Mi madre comenzó a gritar y pensó que había sido mi padre. Él se despertó y oyó lo que había sucedido. Después se levantó y encendió una lumbre y miró el rostro de mi madre Zita y vio que estaba negro y morado. Yo me acuerdo bien. Después miraron por todas partes y no vieron a nadie y por eso al día siguiente se lo contó a nuestro tío Francisco, médico, quien afirmó que había sido golpeada por un espíritu, porque de otro modo habría ahogado al niño. El rostro de mi madre estaba todo negro por una parte y también un ojo, y así estuvo varios días ¹.*

Sus hermanas Ángela y Castoria declararon que, mientras era un bebé y estaba en la cuna, ellas, encargadas de vigilarlo, se iban a la calle a jugar y encontraban que alguien le movía la cuna. Pensaron que serían los ángeles.

También nos dice su hermana Castoria: *Después de la escuela regresaba a casa y se encerraba en su habitación y preparaba altares y me llamaba a mí y a mi hermana Ángela y nos llevaba a rezar el padrenuestro y el avemaría, pero nosotras nos reíamos y no le hacíamos caso y él solo rezaba sus oraciones y hablaba poco ².*

Desde muy niño sintió amor por las cosas de Dios y le gustaba acompañar a su madre a la iglesia. Cuando la veía ir al confesonario, él la imitaba y se colocaba en la otra rejilla, a pesar de no saber qué era la confesión ni tener idea clara de lo que era el pecado.

Un día uno de sus familiares celebró una fiesta con baile en su casa. El pequeño Eufanio desapareció de la escena y se fue al establo. Al darse cuenta su familia de su desaparición, se puso a buscarlo por toda la casa. Cuando lo

¹ Vida, pp. 16-17.

² Vida, p. 16.

encontraron se sintió feliz de haber detenido por unos momentos el baile y la fiesta.

Su sobrino padre Francisco refiere: *El padre José comenzó a ayunar a pan y agua cuando tenía siete años. Todos los viernes y en las Vigilias de la Virgen también ayunaba hasta que entró a la Orden. Esto lo he oído a sus hermanas Ángela y Castoria y cuando entró en la Orden continuó lo mismo y añadió las vigilias de los apóstoles y de los santos 3.*

A los doce años se inscribió en la Cofradía de San Salvador, que los capuchinos habían establecido en su iglesia. Los inscritos debían hacer ciertas penitencias, hacer ayunos y darse disciplinas en algunas ocasiones. Él confesaba y comulgaba con frecuencia y exhortaba a sus compañeros a las prácticas de piedad; y no soportaba que hablaran de modo deshonesto.

Cuando tenía 15 años, murieron su padre y su madre. Su tío, que era profesor en la ciudad de Viterbo, lo llevó con él. En el colegio tenía buenas notas. Un día los maestros prepararon una sesión solemne con discursos, poesías y otras actuaciones, ya que habían sido invitados a la ceremonia las principales autoridades del lugar. La víspera, el joven escogido para dar el discurso principal se enfermó y Eufanio fue el escogido para sustituirlo; y, a pesar de tener poco tiempo para preparar el discurso, lo hizo tan bien que todos lo aplaudieron. Su tío Juan Bautista, que era su representante legal por haber muerto sus padres, se sintió halagado. Eufanio por su parte cada día amaba más a Jesús Eucaristía y todos los días iba a misa para poder comulgar, lo que en aquella época era algo extraordinario. Pero algo vino a perturbar su tranquilidad personal. Un conde rico de Viterbo, que había oído su discurso, consideró que él era un buen partido para su hija.

El conde aseguraba 7.000 escudos de dote y, a su muerte, la herencia universal de sus bienes por ser hija única, con lo cual Eufanio hubiera tenido el título de conde por derecho matrimonial, además de muchas riquezas.

El tío se sintió orgulloso de esta proposición, pues suponía elevar el nivel social de Eufanio, con lo cual sería beneficiada toda su familia. Pero el joven no quiso aceptar y era tanta la presión del tío, que ya había dado su palabra al gentil hombre, que se enfermó. El tío lo envió de nuevo a Leonisa su ciudad natal para recuperarse.

Inmediatamente que llegó a Leonisa, se le fue la fiebre y, como estaba lejos de Viterbo, se disolvió el contrato de matrimonio. Con este motivo hizo voto de virginidad.

VIDA RELIGIOSA

Aprovechó la oportunidad para visitar el convento de los capuchinos que estaba en las afueras de Leonisa. De esta manera se convenció que su camino era la vida religiosa y pidió entrar en el convento. El padre provincial, que se encontraba en ese momento de paso, le pidió que esperara un poco y que en el momento oportuno él lo llamaría para ir a Spoleto.

Al enterarse su tío de estos tratos, se llenó de rabia y le ordenó que se fuera con él a Spoleto. Precisamente la ciudad adonde le había dicho el provincial que lo llamaría. Su tío, sin darse cuenta, se hacía cómplice de ponerlo en manos de los religiosos. En Spoleto fue a ver al provincial y éste lo aceptó como postulante y lo envió Asís. Así comenzó su andadura religiosa a principios de enero de 1573 con 17 años. Y le cambiaron el nombre de Eufranio por el de José.

Pero su tío no se daba por vencido. Envío a dos hermanas de José a ver si lo desanimaban y le hacían salir del convento, pero de nada valieron sus súplicas ni lágrimas. Él estaba firme en su resolución. Su tío buscó otros medios y envió a un pariente llamado Ercolano, quien tomó consigo algunos jóvenes revoltosos para entrar al convento y llevarse al joven a la fuerza. Al amanecer escalaron las tapias del monasterio y, gritando por los claustros, pidieron que les entregaran al presunto prisionero. José se presentó ante Ercolano y le aseguró que él no era un prisionero, sino que estaba por voluntad propia. Entonces se lo quisieron llevar a la fuerza, pero el guardián (Superior), que era de gran talla y mucha fuerza se opuso y con él los demás frailes. Ercolano y sus amigos no tuvieron más remedio que retirarse en paz, por si acaso salían maltratados.

UN PACTO PARA EL MÁS ALLÁ

Había un novicio que le seguía los pasos, se entendían bien y tenían santas conversaciones sobre cómo ser más santos. Entre ellos se hicieron la promesa de que el primero que muriera vendría con el permiso de Dios a visitar al otro y contarle cosas del más allá.

Su compañero se llamaba Jerónimo Visso y murió poco tiempo después en otro convento. José se había olvidado del pacto, pensando que no se podría cumplir. Un día oyó abrir la puerta de su celda suavemente y vio junto a él a Jerónimo con el rostro iluminado con una luz extraña y envuelto en tristeza. Le dijo: *Por la misericordia de Dios me he salvado, pero ¿qué puros debemos ser para presentarnos ante Él!* Estas palabras las repitió tres veces con una voz

fuerte, que parecía un trueno. A partir de ese día, tomó más en serio el deseo de ser cada día más puro y santo.

El padre Francisco de Bevagna le ordenó a fray José que le contara cómo había sucedido el asunto de la aparición de Jerónimo y asegura que le dijo: *Mientras estaba vivo Jerónimo, éramos estudiantes, compañeros y amigos; estábamos con la curiosidad de saber algo del más allá e hicimos un pacto entre nosotros de que el primero que muriese viniese a hacer saber al otro cómo era el más allá. Murió Jerónimo y dos o tres días después se apareció y me dijo: “Me he salvado por la gracia de Dios. Oh fray José, ¡qué estrictas son las cosas del otro mundo!”*. Y después desapareció. El padre Francisco aclaró que la aparición fue al mediodía, cuando fray José estaba en su celda, en cama, haciendo la siesta, y que el difunto entró por la ventana y se colocó junto a la puerta. Y desde ese tiempo fray José tomó la firme resolución de salvarse ³.

ORDENACIÓN SACERDOTAL

Después del año de noviciado, fray José hizo su entrega total al Señor con los votos perpetuos el 8 de enero de 1573 en la capilla del convento de Asís. Después fue enviado a Spoleto para seguir sus estudios de Filosofía y Teología. Sus santos predilectos eran la Virgen María y san José, san Francisco de Asís, su ángel custodio y los santos ángeles. Cuidaba mucho su castidad en miradas, palabras y obras. Era muy austero y penitente. Llevaba cilicios y comía poco. Para todos sus compañeros era un ejemplo de austeridad y de pobreza.

El abad Giovambattista Ercolano anota que un día su cuñado Mastrozzi le tiró de la barba con violencia y, mientras se alejaba el cuñado, le dijo: *“Regresa, porque no me siento ofendido, dame una bofetada”, porque el cuñado además de tirarle de la barba, le había dado también una bofetada. Esto lo vi personalmente. Y fray José le dijo: “Te perdono”. El motivo del pleito había sido que José le había reprendido al cuñado por algún asunto familiar. Y esto que he referido lo vio mucha gente, ya que sucedió en la plaza pública* ⁴.

Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de septiembre de 1580, después de hacer ejercicios espirituales en el convento de San Giacomo. Fue una ceremonia memorable. Tuvo lugar la ordenación de 17 subdiáconos, 15 diáconos y 16 sacerdotes. Después de su ordenación sacerdotal, fue enviado a Lugnano in Teverina. El 21 de mayo del año siguiente, el padre general le enviaba al padre

³ Deposition del padre Francisco de Bevagna en el proceso apostólico, fol 871.

⁴ Proceso, p. 171.

José la facultad de predicador que en aquellos tiempos solo podían ejercitarla los que tenían esa facultad

PREDICADOR

Un día en que iba a predicar con sus 26 años, se encontró con un grupo de 50 bandidos, asaltantes de caminos. Se les acercó sin temor confiando en Dios y les invitó a entrar con él en la iglesia cercana de Santa María Camertina. Apenas dentro, empuñó su crucifijo y se puso a predicarles sobre el juicio de Dios y la necesidad de cambiar de vida. El padre Serafín, que era su compañero y estuvo presente, refiere que todos menos uno quedaron profundamente compungidos. Saliendo de la iglesia, el santo se puso a la puerta y les dio un rosario a los que no tenían. Parece que este suceso sucedió en 1582 ⁵.

El padre Mateo de Leonisa cuenta lo siguiente: *Cuando fui su compañero al ir a predicar a Borbona, me mandó que no tomara ningún alimento que me dieran, si no se lo permitía él primero. Nunca quiso alimento ninguno y me ordenó que cada mañana llamase a uno de improviso y le pidiese por caridad de darles de comer ese día por amor de Dios; y así lo observaron durante toda la Cuaresma de predicación* ⁶.

Cuando predicaba en los pueblos trataba de no hacer gastar a los responsables. Procuraba comer solamente en la tarde un poco de pan, aunque fuera duro y mohoso. Por eso, todos consideraban que no se podía vivir con tan poco alimento y que era un verdadero milagro que pudiera vivir en plenitud de fuerzas con tan poca comida.

En Accumulo un bienhechor generoso, viendo al padre José pálido y flaco, le envió algunos alimentos nutritivos, pero no los quiso comer y se los dio a los pobres. Él se hubiera dejado morir de hambre, si los Superiores no le hubiesen ordenado que por obediencia tomara algo más que pan. De modo que hacía hervir hierbas campestres y con pan componía una menestra que ni los más pobres de los mendigos hubieran querido comer. A veces, en lugar de hierbas, comía guisantes o habas que le regalaban los campesinos y se los comía sin condimentos.

En todas partes donde predicaba, procuraba insistir mucho en que tuvieran frecuentemente Exposición del Santísimo, sabiendo que la fuerza de Jesús

⁵ Da Spirano Gianmaria, *Dio lo mandò tra i poveri, vita di san Giuseppe da Leonessa*, 1967, p. 60.

⁶ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 66.

presente en la Eucaristía es la fuerza más poderosa del universo para transformar vidas y conseguir alejar a los demonios y a las fuerzas del mal.

Todos los días celebraba la misa y trataba de confesarse primero, como preparación para la misa. Y antes de celebrar la misa invitaba diariamente a san Francisco y a san Antonio de Padua a acompañarlo, uno como diácono y el otro como subdiácono, para que la misa fuera mejor celebrada y más solemne ⁷.

Gianfrancesco Argenti anota que un día el santo oyó blasfemar, se postró en tierra, la besó e hizo una breve oración. Después se dirigió al blasfemador y lo reprendió, diciéndole que si hubiera continuado blasfemando, la tierra se hubiera abierto ante él. Esto fue suficiente para hacerle dejar para siempre de blasfemar ⁸.

En algunas fiestas que se celebraban con bailes deshonestos, él con un crucifijo en las manos trataba de que se detuviera la música y que las diversiones fueran sanas y no desordenadas. Pero no faltaban algunos, que se burlaban de él y le llamaban aguafiestas. También procuraba evitar que se representaran comedias con temas frívolos y deshonestos.

En una ocasión acompañó al padre provincial en un viaje a Spello. Llegó extenuado, porque la cadena de hierro que llevaba en la cintura se le había incrustado en la carne y le había hecho unas llagas muy grandes. Llamó al enfermero, quien para sacar las anillas de la cintura de hierro de la carne tuvo que usar martillo y tenazas; y el padre José tuvo que soportar con paciencia la operación de liberación de la cadena de hierro. Le encomendaron predicar la Cuaresma en Borbona, pero sufría una fuerte erisipela que le quemaba la pierna y le consumía de fiebre. Subió al púlpito y se desvaneció tres veces. Sin embargo, sostenido por dos hombres, pudo predicar y todos decían que cada palabra de su sermón era un milagro viviente.

MISIONERO A CONSTANTINOPLA

El padre José sentía dentro de sí un inmenso deseo de ser misionero en tierras lejanas. El General o Superior mayor de los capuchinos decidió en 1587 enviar religiosos a Constantinopla y firmó la carta de envió para los misioneros el 20 de junio de 1587, pero no estaba el nombre del padre José. Sintió pena, pero aceptó la voluntad de Dios. Continuó rezando y sucedió que uno de los escogidos se enfermó y el padre general lo escogió a él para sustituirlo. Él ya se había preparado para esa misión, estudiando la cultura musulmana y las lenguas que

⁷ De Rossi da Voltaggio Angelo María, *Vita del ven. padre Giuseppe da Leonessa*, Génova, 1695, p. 75.

⁸ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 241.

allí se hablaban como el turco, griego, hebreo, alemán, francés e italiano. La carta del general para enviarlo de misionero a Constantinopla estaba firmada el 1 de agosto de 1587 en sustitución del padre Egidio de Santa María. Como ya sus compañeros se habían ido, él con su compañero fray Gregorio de Leonisa tuvieron que ir por su cuenta.

En Constantinopla existía una iglesia, dedicada a Nuestra Señora de la misericordia, dirigida por capuchinos, comprada por el embajador de Francia para los cristianos de Francia. Otra tenían también los jesuitas para los ciudadanos de Venecia. Francia y Venecia eran los únicos países cristianos que tenían relaciones comerciales con los turcos del lugar.

EL VIAJE

A mediados de agosto los dos misioneros dejaron el convento de Asís y se dirigieron a Venecia para tomar un barco que tuviera permiso de entrar en territorio turco. Fueron recibidos por el capitán, pero con la condición de que ellos se consiguieran los alimentos por su cuenta.

Según algunos autores, el padre José solo llevaba un talego con algunos trozos de pan, el breviario y el crucifijo; y como vestimenta su hábito y poco más. Sin embargo, otros autores afirman que también llevaba algunos libros de sermones como el de Pelbarto de Themekvar, impreso en Lyon en 1509. Este ejemplar está todavía en la biblioteca del convento de Leonisa con autógrafos del santo. También llevó dos tomos de sermones dominicales y de santos con muchos ejemplos sobre la Virgen y un resumen del derecho canónico.

Mientras el viaje fue tranquilo por el mar Adriático, los dos religiosos se dedicaban a orar y meditar. Los viajeros y marineros por su parte a tomar vino y a cantar. Pero, cuando empezaron a entrar en los Dardanelos, vino una fuerte tempestad.

El capitán decidió tirar por la borda todas las mercancías y provisiones para aligerar el barco, pero, sin peso, el barco parecía un juguete de las olas sin tener equilibrio. Los marineros y pasajeros estaban desesperados. Solamente los dos capuchinos estaban tranquilos, confiando en Dios. Se dieron a la oración y de pronto apareció un pajarito de distintos colores sobre el palo mayor del barco y consoló a todos los pasajeros, que lo consideraron como un enviado del cielo. Al desaparecer el pajarito, desaparecieron también a la vez los vientos y la tormenta y se tranquilizó el mar. Todos consideraron que el pajarito había sido un ángel de Dios, porque considerando la distancia que estaban de tierra, la belleza y melodía

del pajarito y la inmediata calma del mar, concluyeron que era un ángel conseguido por la oración del padre José para librarlos del naufragio ⁹.

En la relación de su sobrino sobre este suceso anota que, *estando en alta mar sin ver tierra por ninguna parte, el pajarito no podía estar en el mar, aparte de la gran tempestad que había habido. Además el pájaro, al echarse a volar para desaparecer, dejó caer unas plumas que el padre José recogió. El doctor Caponico afirmaba que él las había visto* ¹⁰.

Los marineros agradecieron a los religiosos sus oraciones, pero como no tenían alimentos por haberlos echado al mar, decidió el capitán regresar a Venecia. Los dos religiosos descendieron en el primer puerto donde atracó y esperaron a otro barco que se dirigiera a su destino. En el nuevo barco, el capitán les avisó que el alimento debían procurárselo ellos mismos, porque ellos estaban con las últimas existencias. Por eso, en el puerto los dos religiosos tuvieron que pedir limosna de pan para el viaje y regresaron al barco con algunos pedazos de pan duro. El viaje fue lento y todas las existencias del barco se acabaron. El padre José rezó al Señor y, mientras oraba, tuvo una inspiración. Tomó el pan que le quedaba, lo bendijo y lo compartió con los demás. Y el escaso pan que apenas podía alcanzar para él y su compañero para un día, alcanzó a alimentar a todos por muchos días hasta que el barco pudo tocar tierra y conseguir provisiones ¹¹.

LLEGADA A LA GRAN CIUDAD

Informados los dos religiosos en el puerto donde atracó el barco que desde allí se podía ir caminando a la capital, dejaron la nave y comenzaron su travesía a pie. Después de media jornada, apareció ante sus ojos la inmensa ciudad de Constantinopla, que tenía un millón y medio de habitantes; entre ellos unos 20.000 judíos y después una inmensa multitud de distintas razas y lenguas. Entre los europeos que habían ido a hacer negocios había venecianos, franceses, genoveses y alemanes, que vivían sobre todo en el barrio latino de Galata.

Ellos caminaron bajo las miradas amenazantes de los musulmanes. Al llegar la oscuridad del atardecer, se les presentó el socorro del cielo bajo la forma de un niño. El niño, sonriente y solícito, acompañó a los viajeros hasta que llegaron a la ciudad unos momentos antes de que cerraran las puertas. Recorrieron las calles sucias y tortuosas, donde apenas había unas linternas de fuego para iluminarlas.

⁹ De Rossi da Voltaggio Angelo María, o.c., p. 16.

¹⁰ Da Spirano Gianmaria, o.c., pp. 71-72.

¹¹ De Rossi da Voltaggio Angelo María, o.c., pp. 26-27.

Por fin llegan al barrio de Galata y a la humilde morada de los capuchinos donde el niño desapareció ante sus ojos. Carlo Capelli certificó en los Procesos: *Un día el padre José, hablando en mi casa y consolándome por la muerte de un sobrino mío que murió de siete años, me dijo: “Estos son ángeles del cielo, porque en mi viaje a Constantinopla se murió un sobrino mío de la misma edad y, no sabiendo dónde estaba ni adónde dirigirme, oré a Dios y se me apareció mi sobrino y me guió a mi convento y desapareció”*¹². De modo que el niño que los guió al convento había sido su propio sobrino de siete años, que había fallecido hacía poco tiempo.

¡Qué alegría poder ver a sus compañeros misioneros que los creían ya perdidos después de esperarlos tanto tiempo! Se pusieron a la orden del padre Pedro de la Cruz, que era el Superior de la Misión y que había llegado poco tiempo antes con otros compañeros. Llegaban en buen momento. Hacía falta atender a los esclavos y a muchos cristianos de la ciudad, absorbidos muchos de ellos por el comercio y olvidados de su religión, y, sobre todo, corrompidos por la inmoralidad del ambiente. Después de descansar el primer día, se pusieron a trabajar.

LOS ESCLAVOS

En Constantinopla había 20.000 esclavos cristianos en casas particulares y otros 10.000 en las cárceles del sultán, esperando venderlos o hacerles trabajar en diferentes oficios productivos. Y esto sin contar los que estaban encadenados a las galeras del puerto como galeotes.

En una de las cárceles del sultán había 4.000 esclavos cristianos que sufrían y morían sin esperanza. Muchos de ellos renegaban de la fe cristiana para poder llevar una vida mejor sin estar esclavizados. Estos esclavos habían sido capturados en la guerra o en las razzias en territorios cristianos o por barcos piratas en medio del mar. Normalmente a los ancianos inútiles los mataban, a los niños y jovencitos los enviaban a Constantinopla para ser educados como musulmanes y para que sirvieran al ejército del sultán. Es universalmente conocido el hecho de que los famosos jenízaros, el cuerpo de elite del ejército estaba compuesto por cristianos que habían sido tomados de niños o bien en razzias o bien como cuotas que debían pagar algunos pueblos cristianos a los dominadores musulmanes. Pensemos en el dato confirmado por algunos historiadores: en el año 1574 en las costas del Mediterráneo fueron capturados 8.000 niños o jovencitos, los cuales eran reservados para el sultán. De esta

¹² Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 77.

manera, además de perder a su familia, su patria, etc., se convertían en los enemigos más feroces de los propios cristianos.

Por su parte las mujeres esclavas terminaban por ser esclavas sexuales o, si renegaban de su fe, podían llegar a ser esposas y a la vez servidoras útiles para algún musulmán.

¡Qué plaga es la esclavitud! Los turcos la conservaban como una marca ignominiosa de su barbarie. Los navíos corsarios asolaban las riberas de Europa y asaltaban los barcos, llevando a sus países una gran cantidad de esclavos cristianos para venderlos como mercancía humana.

Su comida consistía en pan negro, las más de las veces enmohecido y duro como la madera. Sus ropas apenas cubrían su desnudez y, como no se las podían cambiar, estaban cubiertos de gusanos e insectos de toda clase. Estaban atados a pesadas cadenas. Y cuando se las quitaban, era para hacer trabajos duros sin compasión alguna. Solo tenían un gran mérito: habían rehusado la apostasía.

EVANGELIZANDO A LOS ESCLAVOS

El padre José los reunía en la medida que les dejaban sus amos, iba a las cárceles a visitarlos y llevarles algún alivio para el cuerpo y para el alma. Los confesaba, les celebraba la misa, les daba la comunión y asistía a los enfermos y moribundos, fortaleciendo su fe con su predicación y ayudándoles a dejar los vicios y llevar una vida honesta, pues muchos se dejaban llevar del odio a los turcos y blasfemaban y proferían palabras obscenas. Además, entre ellos había robos, riñas y malas obras.

El padre José y su compañero se preocupaban de limpiar los lugares donde dormían por la noche, que eran lugares sin ventilación, con mucha inmundicia y mal olor. Conseguían medicinas para los enfermos y preparaban a los moribundos para una buena muerte, animándoles para que ninguno renegara de Jesucristo ante tanto sufrimiento. Algunos días iba también en busca de algunos cristianos europeos, comerciantes ricos, para pedirles ayuda para los pobres esclavos.

Eran de muy distintos idiomas, de distintos países de las riberas del Mediterráneo, aunque la mayoría sabía algo de italiano, mezclado con otras lenguas. Por eso, casi todos le entendían al padre José hablando en italiano.

Algunos días se dejaban encerrar con los esclavos para compartir con ellos más tiempo; y poder compartir sus alimentos y su vida en las mazmorras.

Los esclavos que vivían en las casas de sus amos, eran menos maltratados, pues sus amos querían recibir el dinero del rescate, pero eran más fáciles de caer en la tentación de la apostasía para vivir mejor. Muchos debían escoger entre el suicidio por no poder soportar tanto sufrimiento o la apostasía.

A los ancianos y enfermos los atendían con especial dedicación con sus propias manos y les llevaban todo lo que podían en alimentos o medicinas. Un día encontró en un palacio a un joven esclavo cristiano, hijo de una noble y rica familia italiana. El joven se desesperaba y blasfemaba, porque no había podido ser rescatado por sus familiares. El padre José fue a hablar con el dueño y le rogó que le aceptara a él en sustitución del joven, pero no fue aceptado.

Otro día le pidieron que fuera a visitar a un médico enfermo. El enfermo comenzó diciéndole que era un renegado italiano y que tenía cierto poder en la Corte por haber curado al sultán. Quería estar en paz con su conciencia sin volver a su fe cristiana, porque temía perder su vida y su posición social. No pudiendo aceptar su situación, el padre José le pidió que al menos obtuviese para él el permiso de poder subir a las galeras del puerto para hablar a los galeotes cristianos. Lo consiguió y cada día subía a las naves y hablaba y confortaba a cada esclavo con su crucifijo milagroso. Un día se encontró con un galeote resignado a su suerte. Era algo que le extrañó mucho y pudo saber que era sacerdote y obispo cristiano. Con esos datos se ofreció al capitán del barco para sustituirlo, pero tampoco esta vez lo consiguió.

Una tarde llegó a conocer a un apóstata, que había sido arzobispo griego, y que por apostatar había recibido el título de pachá y vivía como un rico. Él le habló de su alma y le hizo sentir todos los remordimientos interiores que tenía dentro. Este pachá se arrepintió ante él, pero temía las consecuencias de dar un paso público, pues la venganza sería terrible. Quedaron en que siguiera aparentando exteriormente las cosas y cumpliendo sus funciones, frecuentar la mezquita, etc., y fueron pensando en su huida disfrazado, en un barco mercante europeo ¹³.

Un fraile, que había estado con él, refirió que *un día estaba predicando a los esclavos cristianos, que estaban en una calle de Constantinopla, y vinieron los guardias y lo buscaron y no lo encontraron, porque se había escondido debajo de unas cajas y los esclavos le dijeron que estuviera quieto, porque si lo encontraban lo hubieran matado* ¹⁴.

¹³ Proceso, p. 241.

¹⁴ Vida, p. 18.

Una vez salió tarde del lugar donde dormían encadenados los esclavos del sultán. Encontró la puerta del barrio de Galata cerrada y tuvo que quedarse a dormir en plena calle entre dos cañones. Durmió profundamente, pero al amanecer fue descubierto por un patrulla militar y arrestado, creyendo que era un espía. El embajador veneciano tuvo que interceder ante la sultana y pudo ser liberado.

En otra ocasión se extendió por la ciudad la peste, que hizo miles y miles de muertos. Incluso murieron 17 hijos del sultán. Muchísimos esclavos cristianos (las dos terceras partes), debilitados por el trabajo y la mala alimentación, perecieron. Durante este tiempo el padre José fue incansable visitando a los enfermos esclavos para ayudarles a bien morir.

Para atenderlos se encerró con ellos en sus mazmorras junto con su compañero, el padre Gregorio. Él no sentía miedo al contagio, pero también se contagió. El padre Gregorio lo cuidó y preparó la sepultura, pensando que ya no tenía remedio, pero Dios se contentó con mostrarle la corona. Cuando ya se esperaba su último suspiro, tuvo un sueño misterioso. Se despertó y estaba sano, las llagas cerradas y la debilidad había desaparecido. Entonces cayó enfermo fray Gregorio, y fray José lo cuidó y también se salvó por la gracia de Dios. Cuando de los calabozos de los esclavos pudieron ir a su convento, se encontraron con la amarga noticia de que sus otros dos compañeros, el padre Dionisio y el padre Pedro, habían muerto y la casa estaba abandonada sin nadie que la custodiara. Felizmente al poco tiempo llegó el padre Egidio, a quien él había sustituido como misionero a Turquía en el primer envío de capuchinos.

DESEO DEL MARTIRIO

El padre José pensó en entregar su vida a Dios como sus hermanos muertos y quiso recibir la palma del martirio. La idea del martirio resonaba en su interior con fuerza, porque quería demostrarle a Jesús su inmenso amor hasta dar la vida por él.

Hizo un plan para recibir el martirio. Se presentaría personalmente ante el rey Murad III un viernes en que iba a visitar la mezquita, aunque estaría rodeado de una fuerte escolta. El sultán Murad III era cruel. Cuando subió al trono a los 28 años había hecho matar la primera noche a cinco de sus hermanos para evitar cualquier posibilidad de destronarlo. Era obstinado en sus ideas y caprichoso, a la vez que violento en sus reacciones. Pero había sido criado por su madre Baffo, veneciana cristiana, y según algunos probablemente bautizado en secreto al nacer. Lo cierto es que el padre José quiso acercarse a él para tratar de convencerlo y convertirlo a la fe cristiana. Así lo hizo. Un viernes vio venir el

cortejo, pero lo reconocieron y fue rodeado y golpeado. Hubo un tumulto y aprovechó la aglomeración para escapar con la tristeza de que su tentativa había sido en vano.

Otro día se acercó al jefe de los jenizaros del palacio, pidiéndole que tenía un mensaje personal que entregar al sultán, pero lo llevó ante sus compañeros, que lo llenaron de injurias y golpes y lo dejaron medio muerto a la puerta del palacio.

Otro día habló con el médico renegado, que ya conocía y tenía cierto poder ante el sultán, para que le obtuviera una entrevista. El renegado lo recibió bien, pero le dijo que para presentarse ante el sultán debía ir vestido con vestidos turcos, turbante, etc., como lo hacían los mismos embajadores extranjeros. Esto no lo quiso aceptar, pues le parecía hacer una especie de apostasía pública.

Por fin ideó lo más extraño y descabellado humanamente. Observó las puertas del palacio y un día de mucho calor aprovechó un momento del mediodía, cuando las calles estaban desiertas, para entrar por la puerta del palacio, avanzó rápidamente hacia el patio y los corredores, acercándose a las habitaciones del sultán, pero fue descubierto y un grupo de soldados dio la voz de alarma y pusieron todo el palacio en movimiento. Pensaron que él iba a matar al sultán, quien no tardó en dar gracias a Alah de haberle salvado la vida ante aquel intruso cristiano. Lo interrogaron, habló de Jesucristo y de que no iba a matar a nadie, porque no llevaba armas. Les aseguró que solo tenía intención de predicar la fe cristiana y demostrar la verdadera religión. Los soldados que lo interrogaron se encolerizaron y consideraron que su intención de predicar a Jesucristo y hablar mal de su religión era peor crimen que atentar contra el sultán. El juicio fue sumario y sus palabras fueron transmitidas al sultán, quien mandó que sufriera el suplicio del garfio y de la argolla con una crueldad típicamente musulmana.

SUPLICIO Y LIBERACIÓN

En un poste metieron una mano en una argolla y un pie atravesado por un garfio, estando su cuerpo pendiente en el vacío, sujetado por las dos terribles llagas hechas por la argolla y el garfio. Por la pérdida de la sangre y el fuego de la fiebre, la muerte venía después de una agonía atroz. Para aumentar sus sufrimientos los turcos colocaron cerca del poste una fogata con poco fuego para que el humo y el calor hicieran más dura la tortura.

La horrible agonía duró tres días. Si había alguien mirando, le hablaba de la fe cristiana, pero la sangre seguía saliendo y su debilidad cada vez era mayor.

En la tercera noche apareció al pie de la horca un ser misterioso, un ángel del cielo y libró a fray José de la argolla y del garfio y le curó instantáneamente sus heridas, de las que le quedarían para toda la vida unas grandes cicatrices. El ángel le entregó un pan celestial y un poco de vino, que le restauró al momento las fuerzas corporales y que le repuso la sangre perdida, de modo que pudo caminar y, conducido por el ángel, salir libre del recinto.

El padre Francisco, sobrino del padre José, refiere: *Cuando fue a Constantinopla, un día intentó entrar en el palacio del sultán, pero fue capturado por los guardias y condenado a muerte en la pena del gancho. Fue colgado en un poste de la mano derecha y del pie derecho con dos garfios y lo dejaron sufriendo para que muriera de hambre. Así estuvo tres días sin comer ni beber. Después se le apareció un jovencito muy hermoso, que lo liberó del patíbulo, le dio de comer, le curó las llagas y heridas y le ordenó regresar a Italia donde debería obtener muchos frutos espirituales. Le dijo: “Allí obtendrás el martirio” Después el joven desapareció. Estos detalles me los dijo la señora Clelia Scotti, cuando estaba enferma, porque el padre José parece que se los contó.*

Yo mismo he visto las señales de los garfios en la mano y en el pie, tanto estando vivo como después de muerto. La profecía del joven de que en Italia padecería el martirio también se cumplió, porque fue sometido a dos intervenciones quirúrgicas para quitarle las carnes íntimas, que estaban ya cancerosas y esto sin anestesia y cicatrizadas con fuego. El mismo padre José me dijo entonces: “Este era el martirio que me fue profetizado en Turquía”¹⁵.

EL REGRESO

Todo estaba preparado por la providencia divina para salir de la ciudad. En el puerto había un barco de Venecia a punto de partir. Fray Gregorio separó los pasajes para él, para fray José y para el arzobispo renegado, que, disfrazado, pudo huir con ellos.

El doctor Angelo Paolini declaró: *Un día estaba en el convento de los capuchinos de Leonisa conversando con el padre José. Él me contó que, después de dejar Constantinopla, estuvieron en una ciudad de los turcos donde había muchos esclavos que trabajaban para ellos. Ellos no tenían qué comer y se alimentaron durante el mes que allí estuvieron con naranjas amargas, que crecían en los árboles. Los esclavos, a quienes consolaban, les ofrecían un poquito del pan que les daban, pero no querían aceptarlo porque ellos lo*

¹⁵ Proceso, p. 239.

necesitaban más ¹⁶. De allí sin contratiempos llegaron en un viaje tranquilo hasta Venecia.

Sin detenerse, los tres fueron a Roma. El Papa Sixto V oyó con emoción sus trágicos relatos y se interesó por la historia del renegado convertido, que, prosternado a sus pies, recordaba sus debilidades con lágrimas. El Papa le asignó en Roma al prelado arrepentido un puesto de honor y confianza.

APOSTOLADO EN ITALIA

El padre José se dedicó a su nueva misión de evangelizar en los pueblos alejados y pobres de Italia, continuando con sus ayunos y disciplinas y cubriendo sus riñones con cinturones de hierro para tener algo valioso que ofrecer al Señor por la salvación de los demás. Tomó su crucifijo y su bastón y comenzó su nuevo camino de evangelización.

Comenzó por Asís en la Cuaresma de 1589. Allí se le recordaba desde que era un joven novicio y se iba de santuario en santuario a venerar los recuerdos de su Padre san Francisco. Ahora venía con la corona de mártir que sus compañeros capuchinos trataban de divulgar, comentando algunas de sus hazañas que habían oído contar a su compañero Gregorio o quizás a él mismo. La gente, al verlo con sus cicatrices en manos y pies, creía ver a un nuevo san Francisco y lo veneraba como a un santo viviente.

Su evangelización la centró, no en las grandes ciudades, sino en los pueblos pobres del campo, entre los pastores, leñadores y campesinos que, privados de auxilios religiosos, caían en supersticiones paganas. Cuando llegaba a un lugar, procuraba que la noticia se extendiera a los lugares vecinos para que todos pudieran asistir a sus catequesis, sencillas, pero profundas. Y fue tanto el fruto que consiguió en todos los lugares donde predicó que recibió, después de unos años, el título de *apóstol de Umbría y de los Abruzos*.

En 1589, cuando comenzó su campaña misionera en Italia, tenía 33 años. Tenía buena salud y afrontaba cualquier dificultad con espíritu de penitencia. No le importaba si llovía, nevaba, si estaban desbordados los ríos y debía sufrir muchas privaciones en comidas o descanso. Él, con espíritu generoso y con la valentía de su juventud, arremetía con todo por amor a Dios y a las almas.

Muchas veces a pie desnudo cruzaba montañas en pleno invierno o iba por caminos llenos de barro o pasando mucho frío por falta de ropa adecuada. A

¹⁶ Vida, pp. 44-45.

veces Dios tenía que acudir en su socorro por medio de los ángeles en casos difíciles de superar.

Un día le dijo al compañero: *Vete por delante mientras yo me recojo a orar.* El cielo estaba sereno, pero de pronto se cubrió de nubes y comenzó a llover. El hermano se refugió en un viejo molino, preocupado por la suerte de fray José. Pero, ¡oh maravilla! Lo ve que viene por el camino, avanzando lentamente con la cabeza descubierta y el breviario abierto como lo hubiera hecho en una iglesia o bajo un cielo sereno. Ni siquiera se había dado cuenta de la tempestad y la lluvia le había respetado a él y a su breviario.

Otro día encontró a un pobre mal vestido cuando estaba por caer una lluvia copiosa y le dijo al compañero: *Nosotros tenemos un manto para protegernos y una capucha, pero este pobre no tiene nada.* Él tenía un pañolón que le servía para defenderse del sol. Y le dijo al pobre: *Toma este pañolón, él te protegerá mejor que un manto.* Y así fue. Los dos religiosos, a pesar de sus mantos, quedaron mojados y el pobre no se mojó ni los pies.

En otra ocasión, con un tiempo muy malo pidieron alojamiento en una casa de campo. El dueño era enemigo de la religión y de los frailes y los despidió de malas maneras sin permitirles secar sus vestiduras mojadas. Un poco más adelante encontraron un establo abierto, donde dos bueyes parecían invitarlos a entrar. Se acostaron en el suelo y los bueyes les hicieron con sus patas una especie de lecho caliente y suave, de modo que al día siguiente pudieron continuar su ruta.

Otro día, el viejo caballo del convento con el que iban de viaje casi no podía caminar. Fray José quiso ayudarlo y, al querer pasar un río helado, pensó que el caballo podía hundirse y herirse las rodillas. Entonces él entró primero en las aguas frías para romper los hielos y poder pasar sin riesgo para el caballo.

En otras circunstancias tuvieron que atravesar un torrente desbordado por las aguas. Había muchos viajeros detenidos en la orilla, que no se atrevían a pasar y menos con caballerías. Pero el padre José tenía prisa en llegar a su meta, porque le esperaban para predicar. Se acercó a la corriente. Las aguas se consolidaban bajo sus pies y llegó a la otra orilla sin que se le mojara ni el borde de su hábito. Otro hecho prodigioso sucedió en Accumulo, en el condado de Ascoli, en otro río desbordado. Fray José lleno de confianza en Dios extendió su manto sobre las aguas e invitó a su compañero a subir. El padre José estaba de pie y su compañero, lleno de temor, arrodillado a sus pies. Vino un viento suave y llevó el barco-manto hacia la otra orilla sin dificultad.

En otra ocasión para atravesar el río se echó a nadar, pero la corriente era tan fuerte que estuvo en peligro y ordenó a su compañero que no pasara, mientras que él caminó solo con el hábito mojado, para llegar a tiempo a la predicación programada.

Otra vez, después de haber predicado en cuatro lugares distintos, fue a Castel di Pecce a predicar por quinta vez. La lluvia caía fina, penetrante y fría, pero, como le esperaban, no se permitió reposo. Sin embargo, a la hora del sermón no llegó a tiempo y la gente, al no verlo, se estaba dispersando. De pronto sonó la campana. Era el padre José que, mojado y con frío hasta los huesos, llamaba a todos a la iglesia. Desde el púlpito, el agua que corría por su hábito mojado caía en la iglesia y vieron en el surco húmedo del agua algunas gotas de sangre, porque los pies del misionero estaban con llagas sangrantes. La llama de su celo apostólico era más grande que las llagas de sus heridas.

Hubo una vez en que una gran capa de nieve cubría los caminos y él, por ir rápido a cumplir su ministerio, se hirió el pie con una estaca aguda. La uña de ese pie salió entera. La sangre le salía en abundancia del dedo del pie, pero para él era un inconveniente sin mayor importancia ante la grandeza de su ministerio. Otro día cayó en un socavón del camino cubierto de nieve.

Su compañero a duras penas consiguió tenderle el bastón y, arrastrándose, pudo salir con vida. En este y en otros casos, los ángeles invisibles tuvieron que hacer su trabajo para que no muriera antes de lo previsto en los planes de Dios.

Una noche no tenían lámpara para alumbrarse. El compañero propuso hacer una mecha con unos hilos, pero el padre José le dijo que eso era demasiado lujoso. Tomó unas briznas de paja y con ellas hizo una excelente mecha que, para asombro de su compañero, duró toda la Cuaresma.

CARIDAD CON LOS NECESITADOS

Ubaldo de Gubio declaró en el proceso de canonización de 1629: *Un día estaba con el padre José y hacía mucho frío. Era el mes de enero y había mucha nieve. Encontramos un jovencito de unos 14 ó 15 años llamado Juan, que sufría mucho de frío y de hambre. El padre José se conmovió al verlo y lo hizo calentar al fuego. Después le dio de comer y, como estaba descalzo, me dijo: “Vamos a hacerle un par de sandalias”. Yo le contesté que ese no era mi oficio y no sabía hacerlas. Él tomó una pelleja de cordero con un poco de paño y le hizo lo mejor que supo un par de sandalias, que me las dio a mí para coserlas*¹⁷.

¹⁷ Da Spirano Gianmaria, o.c., pp. 162-163.

Otro día encontró a un mendigo del que todos huían, porque tenía unas llagas purulentas con muy mal olor y tenían miedo de contagiarse. El padre José lo cuidó, le cortó los cabellos, le lavó la cabeza y le dio algunos remedios ¹⁸.

Su sobrino, el padre Francisco recuerda: *Un día iba con él de camino y encontramos un leproso. Me dijo que le diera un poco del vino que yo tenía en una botella. Yo rehusé de darle a beber de la misma botella y él, como no había otra manera de darle a beber el vino, extendió el manto para que echase en él el vino y allí lo bebió. Fue un verdadero milagro, porque el manto del tío era liso y no podía conservar el vino sin dejarlo caer* ¹⁹.

Otro día fue un moribundo que recogió en el campo. Cuando murió, él lo llevó en las espaldas y pidió que le hicieran unos funerales decentes como si fuera un miembro de su propia familia.

Hubo una época en que un hambre tremenda se abatió sobre la región de Todi y la mortalidad era tan grande que había que enterrar rápidamente a los muertos. Los cadáveres, después de algunos días, aparecían a ras del suelo, el aire estaba contaminado de malos olores y la peste se declaró en el lugar. La gente estaba aterrorizada y se marchaban del pueblo, dejando abandonados a los enfermos y a los muertos. Por todas partes se veían cadáveres descompuestos. El padre José y su compañero trabajaron día y noche para detener la plaga. Él cuidaba a los enfermos, enterraba a los muertos y tomaba las medidas higiénicas convenientes. Fue considerado como el salvador de la ciudad.

También acostumbraba de vez en cuando visitar los hospitales. El mismo barría los locales, hacía las camas, distribuía la comida y hacía los oficios más repugnantes, que ni los enfermeros querían hacer. A veces cargaba sobre sus espaldas a los enfermos, que encontraba en los caminos y los llevaba al hospital. Y recogía de gente piadosa y bienhechora todo lo que fuera útil para el hospital, desde sábanas, mantas, armarios y otros objetos útiles.

En otra ocasión, *nueve bandidos habían sido asesinados y el padre José fue al lugar y los sepultó con sus propias manos y a uno lo llevó en sus espaldas al convento para contentar a su madre* ²⁰.

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 165.

²⁰ Vida, p. 162.

ATENCIÓN A LOS CONDENADOS A MUERTE

Su sobrino, el padre Francisco, nos dice que *un día iban a ajusticiar a un delincuente de Amatrice en Spoleto, de nombre Marco Attilio junto con algunos de sus cómplices. El padre subió al patíbulo y se puso a confortar uno por uno a los condenados con el crucifijo en la mano como era su costumbre. Cuando llegó el momento de Marco Attilio, tomó el crucifijo grande, que llevaban sus compañeros, y comenzó a bendecir el contorno, haciendo la señal de la cruz varias veces. Marco Attilio le preguntó por qué había dejado su crucifijo y había tomado aquel grande para bendecir. Le respondió que había notado que había muchos demonios que trataban de apoderarse de las almas de los condenados. Pudo conseguir que se arrepintieran todos y así murieron en la paz de Dios*²¹.

Siempre que había prisioneros condenados a la pena de muerte los atendía hasta el último momento. Había un bandido que, como una bestia, solo profería blasfemias y maldiciones. Se creía maldito de Dios y decía que, si le traían al padre José, lo desharía con sus dientes. El padre fue a la cárcel y se presentó ante él. Se puso de rodillas y comenzó una larga oración. El prisionero se fue calmando, contemplando al hombre de Dios en oración. Por fin, preguntó: *¿Usted cree que un miserable como yo puede obtener el perdón de Dios?* Al asegurarle que el paraíso era también para él, se postró de rodillas y con lágrimas confesó sus culpas. Y fue a la muerte acompañado del padre, pidiendo perdón a todos.

De la prisión de Spoleto fue llamado por cuatro bandidos, que rechazaban los consejos del capellán. Tres rehusaron con blasfemias y lenguaje violento cualquier ayuda espiritual. El padre sabía que había esperanza de salvarlos, pero el cuarto, que estaba más calmado, parecía más refractario a cualquier consejo. Era la hora de ejecución. Los tres primeros estaban arrepentidos, pero el cuarto seguía inamovible y el padre José se puso a orar por él de rodillas. Al llegar el momento de la ejecución, tomó la palabra y les pidió a los presentes que oraran por el prisionero impenitente. Después se acercó al prisionero y lo abrazó. En ese momento el culpable sintió el amor de Dios en su alma, comenzó a llorar y pidió confesarse. El padre le mostraba el crucifijo y le decía: *He aquí la cruz del Señor*. El culpable se confesó y recibió los sacramentos. Su viuda, que estaba presente, se sintió feliz de ver su conversión y la salvación de su esposo. El padre José le pudo decir después de la ejecución: *Tu esposo ha reparado todos sus pecados y ha renunciado a lo que le alejaba de Dios; y su alma libre está en el seno de Dios para siempre*.

²¹ Proceso, p. 214.

Un día se enteró que en la cárcel de Amatrice había un forastero olvidado de todos, que no tenía ni ropa para cubrirse la desnudez. El padre entregó un hábito de capuchino para hacerle una túnica y se la llevaron junto con alimentos para que se lo dieran todo en secreto ²².

PERDÓN Y RECONCILIACIÓN

Un miembro de una familia de las principales de Amatrice salió con unos amigos de viaje, pero a la salida de la ciudad le prepararon una emboscada sus enemigos de otra familia. Ante el ruido de los tiros, el padre José fue el primero en hacerse presente y con su crucifijo en alto iba de un bando a otro, pidiendo paz, pero no le hacían caso y siguió la lucha durante siete horas. Al final todos se calmaron y observaron que ninguno había sido muerto ni herido, ni el mismo padre que se metía entre ambos bandos. Así se pudo firmar la reconciliación solemne entre ambas familias.

Otro caso de peligro en el que los combatientes eran bandidos. El padre intervino y se metió entre los beligerantes. Uno de los grupos tuvo que refugiarse en una cabaña de la que hizo un fortín improvisado. Los adversarios querían quemar la cabaña con los enemigos dentro. El padre José se precipitó y se puso de rodillas ante el jefe de los atacantes y le suplicó, consiguiendo la paz entre ambos bandos.

Una mujer de Leonisa lloraba sobre el cuerpo de su esposo que acababa de ser asesinado y lanzaba contra el asesino toda clase de maldiciones. Ella quería que lo ahorcaran y se alegraba al saber que había huido y se había ocultado, y que pasaría muchas privaciones, expuesto a muchos peligros. Ella animaba a la venganza a toda su familia. El padre intervino y la cólera de la desgraciada se calmó y delante de un notario suscribió su perdón al culpable.

Otro caso. A una madre le llevaron el cuerpo mutilado de su hijo. El crimen era reciente, la sangre todavía estaba caliente. En su dolor, ella se desvaneció, pero al despertar se volvió como una fiera y sin lágrimas y con gestos duros juró ante su cadáver, venganza y que nunca perdonaría al asesino. El padre José se hizo presente en la casa y le mostró el crucifijo. Jesús era hijo único y el más tierno y bello de los hijos, muerto ante los ojos de su madre. Jesús y María perdonaron a los verdugos del Calvario. ¿No podría ella perdonar también? La madre cedió y terminó por decir: *Lo perdono como la Virgen María. Que este perdón y mis lágrimas sirvan para la salvación de mi hijo.* Su voluntad

²² Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 173.

de perdón quedó escrita y registrada por un notario y de esta manera la venganza quedó descartada.

En una parroquia se encontró el padre con que el párroco, por haber reprendido a un hombre notable en la misa, este se había hecho su enemigo. Intervino el obispo, pero no pudo conseguir nada. Llegó el padre José y se fue a hablar con el hombre notable, como si no supiera nada del asunto, y le invitó a acompañarlo a visitar una capilla. Allí estaba, previo acuerdo con el padre José, el párroco, celebrando misa. El notable, al verlo, no se atrevió a retirarse y el padre aprovechó para hacer que los dos se dieran la mano, se abrazaran y acordaran la paz.

José Paolini recuerda: *Hace unos ocho años, estaba yo en Aquila por asunto de negocios, cuando unos amigos me contaron que una mujer de la Casa Alfieri o Pertinara, no recuerdo bien, tenía intención de matar a un criado suyo. En esos momentos estaba el padre José en Aquila y se acercó a casa de la señora y la reprendió por su intención homicida. La señora se sorprendió porque a nadie le había dicho su intención. El hecho es que dejó su mala intención y después publicó el hecho para que todos lo supieran* ²³.

Su sobrino, el padre Francisco, declaró: *Cierto capitán, con autoridad regia, quería matar a Angelo Picari. La noticia se propagó y vinieron familiares a auxiliarlo y defenderlo. Y cuando estaba a punto de ser ajusticiado en el campo, el padre José se echó a los pies del capitán y con una cuerda al cuello y el crucifijo en la mano le pidió que no lo matara; y el capitán al fin le salvó la vida* ²⁴.

DONES SOBRENATURALES

a) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

El padre Francisco anota: *Cuando yo estaba en Narni hace unos 9 años como Superior del convento, vino un día a visitarme un sacerdote de Gualdo, que creo que se llamaba Giovanni y, después de haberme preguntado si yo era el sobrino del padre José, me confió que había venido a visitarme. Me contó que en el Año Santo del Papa Clemente VIII, el padre José estaba en Narni y el Superior era fray Salvador de Perugia. El padre le pidió permiso al Superior para ir a Gualdo a remediar un escándalo muy grave. Se lo concedió y, llegando el padre José a Gualdo de noche, se le presentaron cinco o seis hombres vestidos*

²³ Vida, p. 42.

²⁴ Vida, p. 162.

*de soldados y él les preguntó cómo podía encontrar al sacerdote del lugar. Uno de ellos se presentó diciendo que era él. Otro de ellos, para asegurarle que era cierto, le quitó el sombrero y le enseñó la coronilla. El padre José lo apartó un poco y le dijo: “Pobrecito, Dios te ha hecho pastor de almas y tú te has convertido en lobo, has perdido el alma, la vida, el honor. Te contentas con recogerte en casa de una pobre mujer para deshonrarla”. El sacerdote se sintió perdido ante el conocimiento que el padre tenía de él. El padre José lo invitó a entrar en la iglesia, lo reprendió y le prohibió ir más donde la mujer. Desde ese momento el sacerdote cambió de vida*²⁵.

Otro día, estaba orando en una ermita abandonada del campo. Hasta allí llegaron dos religiosos que iban pidiendo limosna y lo encontraron elevado de la tierra ante una imagen de la Virgen María. Cuando se estaban yendo, volvió en sí y les avisó que tuvieran cuidado, pues en la ruta que iban a tomar había bandidos, algo que nadie podía saber humanamente hablando.

Sor Antonia Colabussa refiere: *Un día fuimos un grupo de hermanas religiosas a buscar leña y vimos en cierto lugar al padre José que estaba orando con las manos en alto y, cuando nos acercamos, me pareció que estaba unos cuatro dedos sobre el suelo. Él nos sintió y nos miró y, al decirle que íbamos a buscar leña, nos dijo que no debíamos tener miedo, si encontrábamos bandidos, porque no nos harían nada. Y ciertamente encontramos un grupo de unos 200 que, al ver que éramos religiosas, pasaron sin decirnos nada*²⁶.

Un día un viajero iba a emprender un viaje lleno de peligros y se encomendó a san José. El padre José, por revelación, conoció la plegaria de este viajero y le dijo: *Alégrate, san José me ha hecho conocer que te ha escuchado y que tu viaje será feliz. Ama e invoca siempre con confianza al glorioso jefe de la sagrada familia.*

Una mañana encontró en la calle a un hombre que parecía muy preocupado. Lo detuvo y le dijo con autoridad: *“Regresa a tu casa. No tienes nada que hacer en el lugar adonde vas”.* El culpable, furioso de verse descubierto, lo quiso apartar del medio con arrogancia, pero apenas había dado algunos pasos; sintió escalofríos por algo que tocó su cuerpo. Era un escorpión que podía causarle la muerte. Aterrorizado, se regresó y le pidió al padre: *“Sálveme”.* Al instante el escorpión cayó a sus pies, él lo pisó y quiso confesarse para comenzar una nueva vida sin desórdenes.

²⁵ Proceso, pp. 217-218.

²⁶ Vida, p. 130.

Un día el padre Francisco me contó que el padre José se encontró con Giovanni Nicola Argenti, conocido como Biancuccio, y lo llamó diciéndole: “¿Adónde vas?”. Le respondió que iba a realizar un trabajo. El padre le contestó: “No, regresa y entra en la iglesia y reza”. Biancuccio tenía la intención de matar a alguien y así se pudo evitar una muerte ²⁷.

b) PROFECÍA

Virginia Ercolanti certificó: *Hacia 17 ó 18 años que yo había perdido un niño de un año. Mi esposo sufrió mucho con esta pérdida. Para consolarse se acercó al padre José y le manifestó su dolor. El padre José lo consoló y le pidió encomendarse a san Luis y rezarle un padrenuestro y un avemaría cada día para que Dios le concediera un hijo varón, a quien debía darle el nombre de Luis. Mi esposo volvió a casa y me contó la conversación. Después de un año, yo di a luz un hijo varón y le pusimos el nombre de Luis. Mi hijo Coriolano estaba enfermo y le pedimos que lo bendijera y que pidiese a Dios su salud, pero dijo que Coriolano era un ángel del paraíso y que debía mi esposo resignarse. Lo bendijo con agua bendita, le leyó el Evangelio y al momento en que se despedía se acercó a Coriolano y le dijo algo al oído. Mi esposo me manifestó que le había dicho que le guardase un puesto en el paraíso para él. Al día siguiente mi hijo murió* ²⁸.

El padre Francisco manifestó en el Proceso: *Mi pariente Constanza Venanzzì era estéril. Se encomendó al padre José para tener hijos y el padre le confió: “Debes estar alegre, porque estás encinta y tendrás un hijo varón, a quien llamarás José”. Y así fue. Todavía vive y es arcipreste en Rieti. También sé que la esposa de Giovanni Battista Petronio de Leonisa recibía golpes de su esposo, porque siempre daba a luz niñas. Ella se encomendaba al padre José para tener un hijo varón para que no le pegara más su esposo. Al final, un día el padre le aseguró que tendría un hijo varón, a quien llamaría Ulises, y otro a quien llamaría Buenaventura. Sé esto, porque estuve presente cuando el padre le aseguraba y le predecía estas cosas* ²⁹.

El padre Michelangelo de Siena anota: *Cuando yo era novicio, oí decir que el padre José fue una vez a predicar a Attigliano y encontró a la gente bailando en la plaza. Los reprendió, diciéndoles que, si no se arrepentían, tendrían que comer las hojas de los árboles por el hambre. Y así sucedió, porque*

²⁷ Proceso, p. 172.

²⁸ Vida, pp. 33-34; Proceso, p. 217.

²⁹ Proceso, p. 218.

vino una gran carestía y fue necesario comer las flores de los olmos. Y esto me lo refirió fray Rufino de Perugia, compañero del padre José ³⁰.

c) PERFUME SOBRENATURAL

Las reliquias del padre José emanaban un olor muy suave, en particular el corazón, conservado en el convento de los capuchinos de Leonisa, dentro de una ampolla de cristal, que está en un armario de la sacristía de la iglesia. Esto lo sé, porque lo he visto y he podido sentir el perfume, semejante al jazmín o crisantemo. Ese olor provenía del corazón y no del cristal, porque, cuando se quita el cristal, sigue el olor y se pega en la mano. Además un corazón, aunque estuviera embalsamado, que no es este caso, no puede tener ese olor por mucho tiempo. Por eso sostengo que ese olor proviene del corazón por intervención celestial. Esto lo digo con conocimiento de causa por mi profesión de médico ³¹.

Afirma el padre Francisco de Leonisa: *Sé que las reliquias de las vestiduras y otros objetos usados por el santo emanaban después de su muerte un gran y suavísimo olor. Este olor era de una fragancia que superaba a todos los olores. Estos olores los sentía incluso cuando me acercaba al armario donde estaban guardadas algunas de sus reliquias. También lo han sentido otros muchos que me lo han referido* ³².

Y añade: *El padre José reconocía a los hombres impuros por el mal olor que exhalaban sus pecados deshonestos. Una vez entre otras, reprendió a uno que tenía un gran escorpión, que normalmente no podía tener aquella forma y debía ser un demonio. Este hombre se convirtió. Personalmente conozco estas cosas por habérselas oído al mismo padre José. Yo lo confesaba, le daba la comunión, le di la unción de los enfermos y murió entre mis brazos* ³³.

d) LUZ SOBRENATURAL

Un día uno de sus amigos, Benigno López, fue a visitarlo. Tocó la puerta de su celda y, al no recibir respuesta, la abrió y vio que el padre José estaba en éxtasis elevado sobre el suelo, con el rostro rodeado de luz. El visitante se arrodilló, le besó la mano y se retiró sin hacer ruido, ansioso de divulgar el prodigio.

³⁰ Proceso, p. 111.

³¹ Proceso, p. 61.

³² Proceso, p. 227.

³³ Proceso, p. 220.

Cuando estaba en el convento de Trevi, un día se fue al bosque a orar. Los frailes y la gente de alrededor vio unas llamas, que salían del bosque, y, asustados, pensando en un incendio, fueron a ver qué pasaba y encontraron al padre José en oración.

Otro día celebraba la misa en una parroquia de Montereale y un sacerdote, llamado Mercurio Specchioli, se fijó en él atentamente y consideró que no era ningún santo, porque creía que debería tener la cabeza baja, el rostro melancólico, como si un santo debiera estar con el rostro triste y temeroso. Con estos pensamientos lo siguió a la sacristía al terminar la misa. Y, cuando se despojó de los ornamentos, este sacerdote vio en su espalda una bellísima estrella, que reflejaba sus rayos sobre la pared y que solo la vio él durante el tiempo de dos avemarías. Quedó confundido y se arrodilló, le besó la mano al padre José y le confesó su error, pidiéndole perdón y encomendándole que rezara por él ³⁴.

e) VISITA SOBRENATURAL

Un día se le presentó un viajero con apariencia repugnante. Su rostro estaba lleno de llagas y parecía que tiene un mal peor que la lepra. Todos se alejaban de él, pero el padre José lo acogió con amor. Lo curó con sus propias manos y besó sus llagas. Al final, la carne del viajero apareció limpia, brillante y con nueva vida. La sala donde lo curaba se llenó de un perfume delicioso y una aureola se formó alrededor de la frente del extranjero, que, sonriente y bendiciéndole, desapareció en un fulgor misterioso.

f) BILOCACIÓN

Un día curó a un bienhechor del convento yendo a asistirlo de noche. Fue visto solo por el enfermo y no por sus familiares, que estaban cerca de él y no podían creer en el milagro (de bilocación), sabiendo que el padre no había dejado su convento.

La princesa Peretti sobrina del Papa Sixto V buscaba un hombre de Dios para que le calmara las tentaciones de desesperación que le hacían sufrir continuamente. Pidió al padre general de los capuchinos que le ordenara al padre José que fuera a visitarla para darle paz. El padre se apareció un día a la cabecera de la enferma y le impuso silencio. Le reprochó a la enferma su pusilanimidad, que ofendía a Dios, y parecía no tener en cuenta los sufrimientos padecidos por

³⁴ De Rossi Angelo María, pp. 75-76.

nuestro Señor por la salvación de nuestra alma. Al final las nubes de su desesperación se disiparon, recobró la salud y no tuvo más escrúpulos.

g) MILAGROS EN VIDA

Lucia, hija de Annunzio Laureti, nos asegura lo siguiente: *Hace tres años en el mes de septiembre, no recuerdo el año, estaba con mi madrina Francesca y con mi hermana carnal Marzia; y con Giovanna y Angela mis otras hermanas carnales (de parte de padre) en una iglesia. Habíamos recogido el mijo para trillarlo a causa del mal tiempo. No podíamos hacerlo a la intemperie y entramos en la iglesia. Y mientras trillábamos con dos bueyes pasó el padre José con un compañero. Ellos se arrodillaron en la puerta para orar y, al ver que estábamos trillando dentro del templo, el padre José nos reprendió ásperamente: ¿por qué hacéis esto en la casa de Dios? El Señor os va a castigar. Y se fue a su convento. Cuando ya estaba lejos y los bueyes continuaban trillando, uno de ellos cayó muerto y no respiraba. Confundidas, lo arrastramos a la puerta de la iglesia, ayudadas por algunos hombres y mujeres vecinos. No conseguimos llevarlo fuera de la iglesia y lo dejamos a la puerta. Mi madrina se puso a llorar y fue a llamar al padre José, que todavía no había llegado al convento y le dijo: “Padre José, regrese, se ha muerto un buey”. Dijo: “¿No os lo había dicho? Arrodillaos y rezad un padrenuestro y un avemaría”. También él se puso de rodillas y rezó. Al terminar de rezar, el padre, con su crucifijo que normalmente llevaba al pecho, hizo la señal de la cruz sobre el buey muerto y exclamó: “Buey, levántate”. Y al momento el animal volvió a la vida y se levantó, salió de la iglesia y se fue corriendo a la casa; y el otro buey lo siguió* ³⁵.

Benigno López afirma: *El año que el padre José fue a Borbona a predicar, terminadas las prédicas, quiso bendecir los campos y los cereales, porque Borbona es una zona donde hay frecuentes granizadas. Y aquel año en que el padre bendijo los campos no hubo ninguna granizada y sí en los campos de los pueblos vecinos* ³⁶.

El padre Michelangelo de Siena refiere: *Yo había hecho preparar algunos panes blancos para dárselos al padre José y se los puse delante. Él, preocupándose más de mí que de sí, tomó uno y me lo puso delante para que yo lo comiese. Se lo puse en su lugar y después de estar así un poco, al final tomé el pan y lo tiré contra la pared para que cayese a tierra sobre la paja donde él debía descansar. Creí que había caído sobre la tierra o sobre la paja, pero lo vi de nuevo sobre la mesa, que se movía poco a poco hacia mí, aunque no veía*

³⁵ Proceso, pp. 92-93.

³⁶ Vida, p. 98.

quién lo cambiaba. Entonces el padre me dijo que era obra de Dios: “¿Has visto, has visto?”. Y así lo comí, porque no se puede resistir a la voluntad de Dios ³⁷.

Un día se encontró un hombre que pensaba irse al extranjero con toda su familia para conseguir dinero con el fin de poder alimentar a sus seis hijos. El padre José le dijo: “Toma este puñado de guisantes. Siémbrales delante de la puerta de tu casa. Dios bendecirá tu trabajo y la providencia os alimentará”. Al día siguiente, oh prodigio, los guisantes habían crecido y en la tarde estaban maduros e hicieron las delicias de la familia al comerlos de un día para otro. Durante varios días continuaron recogiendo guisantes maduros y la familia no tuvo que emigrar.

Otro día se encontró en el camino a un hombre medio muerto de fatiga. Para ayudarlo no tenía ni una gota de vino, pero se fue al arroyo más cercano, tomó un poco de agua, la bendijo y se reprodujo el milagro de Caná, el agua se convirtió en vino, que reanimó al exhausto viajero.

Una vez encontró una mujer que tenía cáncer en la mano. Tomó una hierba cualquiera del camino, le hizo un remedio y la mujer se curó del mal. Otra vez una madre le presentó a su hijo ciego, que le palpó el manto, se lo llevó a los ojos y se curó de la ceguera al momento.

En otra oportunidad sucedió que un perro había mordido en el pie a uno de sus sobrinos. Pronto se manifestaron los síntomas de la rabia. Su tío, el padre José, antes de ir en su ayuda fue a rezar a la capilla y asistió al rezo del Oficio divino del convento. Después fue a asistir al enfermo y le dijo: “Duerme”. Al despertar, estaba ya curado. Pero observó que estaba muy débil y le dijo a su madre: “Dale un poco de vino para fortalecerlo”. Ella le respondió que, desde hacía dos años, no tenían vino en casa. Él le contestó que mirará en la ánfora de vino y que trajera el vino de inmediato. Ella insistió en que estaba vacía. Él le aseguró que la trajera y mirara para comprobarlo. La madre fue y vio que la ánfora estaba llena de vino, con el que el niño se curó totalmente.

Giovanni Simone certifica: Dos o tres años antes de morir el padre José, llevó una gran cruz a la cima de una montaña sobre sus espaldas. Con él iba un compañero fraile y tuvo sed a mitad de camino. Fray José le dijo: “Debajo de aquel árbol encontrarás agua”. El compañero se acercó al árbol y había una fuente de agua y sació su sed. Esta fuente nunca más la ha visto nadie. Y, sin embargo, esa cruz la he visto yo, porque está a la vista de todos ³⁸.

³⁷ Proceso, p. 112.

³⁸ Vida, pp. 25-26.

*Un día iba de camino de Borbona a Leonisa y vio a un buey que estaba destruyendo los prados. Se acercó a él y le dijo: “Te ordeno de parte de Dios que dejes de dañar el prado”. El buey levantó la cabeza y se alejó, dirigiéndose al camino. Esto me lo refirió Giovanni Simone a los pocos días del suceso*³⁹.

Por los lugares del campo por donde predicaba, encontró un día a un loco furioso, que se había escapado del manicomio y que perseguía de muerte a todos los que encontraba. Era el terror de la comarca. El padre José lo sanó, le devolvió la razón y de esta manera también la paz a la región.

Venilla, esposa de Agustín Ettore, nos dice: *Yo estaba encinta de seis meses y en cama, enferma con fiebres tercianas dobles. Estuve 25 días que no sentía a la criatura y pensé que estaría muerta. Además tenía vómitos y no podía comer nada. Las medicinas no me hacían nada y los médicos me dieron por desahuciada. Me preparé para la muerte y recibí los sacramentos. Y ese día o al siguiente vino el padre José a verme y me dijo que debía estar contenta, porque me iba a curar y debía esforzarme por comer. Le pedí que bendijera el agua que iba a beber. La bendijo con mucha fe devoción y le pedí que pidiera al Señor mi salud. No recuerdo, si ya se había retirado, pero cuando bebí el agua bendecida, se me pasaron los vómitos y comencé a sentir de nuevo al niño en mi vientre y, poco a poco, la fiebre disminuyó y en pocos días estaba totalmente curada. A los nueve meses di a luz a mi hijo, a quien puse por nombre Jacinto*⁴⁰.

*La familia Santucci de Leonisa estaba triste, porque sus campos de grano estaban invadidos de insectos dañinos. Llevó al padre José y le pidieron que conjurase a aquellos animales dañinos para que se fueran. Y, al bendecir los campos, se vio una gran multitud de esos insectos que se fueron volando, lo que pareció a todos un milagro, porque esa clase de insectos no puede volar*⁴¹.

Notaio Filauro refiere: *Yo tenía ocho o nueve años y estaba en Borbona en mi casa enfermo con fiebre y hemorragias. Llevaba ya cuatro meses enfermo y estaba desahuciado de los médicos. Mi padre Petronio oyó que había llegado a nuestra ciudad el padre José de Leonisa y fue a encontrarlo. Le habló de mí y el padre le pidió que me llevara a él. Mi padre regresó para llevarme y me encontró que ya estaba en pie. Se sorprendió y me llevó a la casa del arcipreste donde estaba el padre José. Al verme, el padre me acarició y me hizo la señal de la cruz en mi cabeza; después me colocó al cuello una imagencita que sacó de la*

³⁹ Vida, p. 32.

⁴⁰ Vida, p. 117.

⁴¹ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 145.

manga. Regresé a casa sano; recuperé las fuerzas y todos mis parientes lo consideraron como un milagro ⁴².

El padre Francisco anota: *Hace unos 30 años que en Montereale estaba gravemente enfermo y desahuciado por los médicos Jacinto Casciani, un bienhechor de la comunidad de Montereale, donde yo era en ese momento el Superior de los capuchinos. Le pedí al padre José que fuera a visitarlo. El padre le colocó su crucifijo en la parte donde tenía más dolores y comenzó a mejorar. Al día siguiente celebró la misa por él, fue de nuevo a visitarlo y el enfermo se curó totalmente. Lo sé, porque el mismo Jacinto y su padre Mario me lo contaron* ⁴³.

Fray Francisco de Casia refiere: *Cuando estaba en Leonisa, poco antes de la muerte del padre José, tuve una gran infección a los ojos, que me hacía sufrir mucho. Los remedios no me ayudaron nada. El padre José vino a visitarme a mi celda, me puso las manos sobre la cabeza, me hizo la señal de la cruz en la frente dos o tres veces, me exhortó a tener paciencia y me quedé curado, desapareciendo la infección y la lacrimación de los ojos* ⁴⁴.

Ercole Mastrozzi, en el proceso de 1629, declaró que *la última vez que visitó el padre José a su familia la quiso bendecir. Echó agua bendita por toda la casa y dijo a mi esposa, que era su hermana, y a nuestros hijos pequeños: “Quiero dejarles mi bendición”. Nos arrodillamos, recibimos su bendición y nos dio a besar su crucifijo. Y nos dijo: “Nos veremos en el cielo, ésta es la última vez que nos vemos en la tierra”* ⁴⁵.

Afirma el padre Michelangelo de Siena: *Cuando el padre José estaba predicando la Cuaresma en Ferentillo hace unos 34 años, yo era su compañero y encontré en un armario una olla de habas cocidas que había dejado allí mucho tiempo antes. Estaban ya podridas y cogí la olla y la tiré por la ventana lo más lejos posible. El padre estaba rezando en la iglesia. Al poco rato me di cuenta de que la olla no se había roto al caer ni habían salido las habas de ella, sino que estaba entera con las habas dentro. Me admiré de este detalle. Bajé a la calle, tomé de nuevo a la olla y la subí y la puse en su lugar. Mientras tanto el padre José había subido de la iglesia y me reprendió: “¿Qué has hecho?”. Me avergoncé, porque quizás había visto mi acción, mientras rezaba en la iglesia. Solo sé que estas habas las comimos al día siguiente y estaban buenísimas* ⁴⁶.

⁴² Proceso, p. 145.

⁴³ Proceso, p. 227.

⁴⁴ Vida, p. 120.

⁴⁵ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 292.

⁴⁶ Proceso, pp. 112-113.

Y añade el testigo: *Creo que el hecho se lo refirió su ángel custodio, dado que él no había podido verlo. Lo maravilloso fue que las habas antes podridas, se volvieron sanas y buenas.* Fray Benedetto da Ancarano declaró: *Yo con fray Girolamo de Leonisa encontramos a una señora llamada Finaura y nos contó lo que había sucedido, cuando el padre José había realizado el milagro del vino. Un joven de 15 años, hijo de una mujer pobre del lugar, se había enfermado. Entonces la madre pidió a Finaura que intercediera ante el padre José, que en ese tiempo estaba predicando en aquel sitio, para que lo viniese a visitar. Cuando llegó a la casa, el joven estaba en cama y con fiebre, porque tenía una llaga en el pecho. El padre José se acercó a él, le hizo la señal de la cruz cerca de la llaga y le pidió a la madre que le diera un poco de vino. Ella le respondió que en su casa no había vino. El padre José le dijo que fuera a mirar bien dentro del recipiente donde debía estar el vino. La señora, segura de sí, le contestó que no era posible, porque era pobre y desde hacía mucho tiempo no había vino en su casa. El padre insistió que mirara bien, porque Dios había proveído al respecto. Cuando el padre se fue, la madre observó que la llaga del hijo estaba abierta, fue a mirar el recipiente de vino y lo encontró lleno de buen vino. Le preparó a su hijo un poco de sopa con vino y se lo dio a tomar. Apenas lo había tomado, el joven se sintió sano y bueno* ⁴⁷.

h) MULTIPLICACIÓN DE ALIMENTOS

Cuando tuvo que predicar la Cuaresma en Castello di Norcia, el párroco le entregó unas habas para su comida. La provisión era pequeña para los días de la misión, pero el padre José la consideró suficiente. Invitó a todos los pobres a comer habas y así lo hizo durante todos los días de predicación. Las habas no disminuían. Por eso el párroco decía: *Esto no es una multiplicación de habas sino una multiplicación de milagros.*

En Otricoli predicó las Cuaresmas de 1601 y 1609. En este pueblo hizo varias multiplicaciones de alimentos memorables.

Silvestre Taddio refiere: *Cuando yo estaba en el hospital, el padre José llevaba alguna pequeña cantidad de comida y eso poco bastaba para todos, a pesar de que alguna vez llegaban a 25 y 30. Una vez en particular estuve presente y vi que había 17 ó 18 pobres. Yo los conté. Primero los visitó, los limpió, les cortó el pelo y preparó la mesa para darles de comer. Tenía una ollita de menestra y un poco de vino. Comenzó el padre a repartir la menestra y el*

⁴⁷ Proceso, pp. 139-140.

pan, y también el vino y alcanzó para todos. Yo, viendo esto, me maravillé de que tan poco alimento hubiera bastado para todos ⁴⁸.

La señora Clara De Mari nos dice: *En 1610 vino el padre José y me dijo que cocinase algo para darles a los pobres del hospital. Yo puse unas legumbres aparte. Por la tarde las fui a cocinar y vi que habían crecido antes de meterlas en la olla. Yo quedé asombrada y se lo dije a mi esposo. Y fue preciso meter las legumbres en una olla más grande. Eso sucedió durante toda la Cuaresma. Yo cocinaba las mismas legumbres y siempre bastaban y sobraban de las que él me había dado al principio. Y esto era asombroso, porque en mi casa solo estábamos yo y mi marido, ningún otro. El padre José venía por las tardes y llevaba la olla al hospital y distribuía todo a los pobres y yo decía que no podían bastar para todos; y, sin embargo, Flavio Vituzzi me confirmaba que sí había habido para todos* ⁴⁹.

Tomeo Moricone afirma: *El padre José estaba predicando la Cuaresma en Borbona. Era un tiempo en que había mucha carestía de alimentos. Él mandó comprar un poco de grano para hacer pan y distribuirlo a los pobres en el cuarto domingo de Cuaresma. Consiguió un túmulo y medio de grano. Y de ese poco grano la señora Angela Di Loreto y otra señora sacaron dos canastillos de pan. El pan lo llevaron a la iglesia de la misericordia, donde estaba el padre y, al día siguiente, invitó a todos, ricos y pobres, a coger el pan que quería por amor de Dios. Los panes pequeños eran unos 400 y había unas 1.600 personas. Todos cogieron pan y algunos tomaban tres o cuatro. Alcanzó para todos y al día siguiente también distribuyó del mismo. Esto fue considerado por todos como un milagro. Yo estuve presente cuando se distribuía el pan* ⁵⁰.

SU MUERTE

Antes de morir, a fines de 1611, hizo una visita a su pueblo natal, Leonisa, con su sobrino el padre Francisco. Bendijo el agua de un pozo de donde se sacaba agua para todo un barrio populoso, el agua había sido contaminada por un enemigo y era peligrosa para beber. Él la bendijo y quedó sana. Por eso, a partir de entonces, se le llamó el agua de san José de Leonisa.

De Leonisa partió para ir a su convento de Amatrice, acompañado de algunos amigos y familiares. Al llegar a un montículo donde hay un oratorio en honor de san Cristóbal, el padre José se detuvo unos momentos. Palideció, se le

⁴⁸ Da Spirano Gianmaria, o.c., p. 167.

⁴⁹ Da Spirano Gianmaria, o.c., pp. 168-169.

⁵⁰ Proceso, pp. 150-151.

salieron unas lágrimas y dijo, mirando a su pueblo natal: *Las murallas están llenas de demonios que han jurado arruinar la ciudad por las divisiones y las discordias*. Entonces, elevando su crucifijo en alto, trazó en el aire la señal de la cruz, pronunciando la palabra PAZ. Y vio desaparecer en confusión una turba infernal, abandonando aquellos lugares. El padre José se alejó del lugar dando gracias a Dios.

Según su sobrino el padre Francisco: *El padre José tomó el crucifijo que siempre llevaba al pecho y mirando hacia Leonisa la bendijo diciendo: "Oh Leonisa, esta es la última vez que te veo. Aquí he nacido y he sido educado, bendigo a todos los presentes, ausentes y futuros, incluidos los animales y la tierra". Todos nosotros sentimos ternura y lloramos*⁵¹.

Los efectos de esta bendición han sido siempre recordados en Leonisa, que, por una excepción notable, ha podido conservar la paz y tener días de prosperidad, mientras que otras ciudades cercanas estaban envueltas en peleas y divisiones.

Apenas llegó a su convento de Amatrice, en ese mismo mes de octubre, se sintió gravemente enfermo con violentos dolores del intestino, con diarreas sanguinolentas, síntomas sin duda del cáncer interior. Este mal a los tres meses apareció al exterior en forma de una llaga. Los médicos aconsejaban una operación. Obedeció a sus Superiores y él, sin anestesia, sufrió todos los dolores del caso en aquellos tiempos en que todo era con medios rudimentarios. Pudo soportar la operación aferrado a su crucifijo sin que lo tuvieran que atar. Durante dos horas le fueron quitando las partes interiores afectadas. Después con hierro rusiente tuvieron que cicatrizar las heridas. Pero todo fue inútil, el cáncer en sus partes íntimas no tenía remedio.

Pudo celebrar la misa hasta el día de los Inocentes, 28 de diciembre. Su sobrino el padre Francisco, que era el Superior, estaba pendiente de todo y le acompañaba a su cabecera todo el tiempo disponible. Le ayudaba a rezar el Oficio divino. Antes de morir mandó escribir tres cartas a los Superiores de Todi, Asís y Spoleto para pedir sufragios por su alma, pidiendo perdón por sus faltas. A su sobrino, padre Francisco, le pidió además hacer a su intención una peregrinación a Asís para ganar la indulgencia de la porciúncula para él.

El padre Francisco asegura: *Lo confesé muchas veces y nunca encontré en él pecado mortal. Se confesaba de no haber podido sacar todo el fruto posible de las celebraciones de la santa misa y de haber vestido el hábito indignamente. Me pidió que le diera los últimos sacramentos antes de morir y exhortó a los*

⁵¹ Proceso, p. 219.

religiosos presentes a la piedad y a la caridad. Otros confesores aseguraron que se confesaba todos los días y que no tenía materia de confesión y le aconsejaban que podía celebrar la misa sin confesarse, pero insistía en confesarse cada día como preparación para la celebración de la misa.

Cuando en su última enfermedad el padre Francisco le llevaba la comunión, no quería comulgar dentro de la celda, porque no se creía digno de que entrara tanta Majestad divina en una celda sucia y de mal olor; y se levantaba o se hacía llevar hasta la puerta para recibir allí la comunión.

El 4 de febrero recibió el sacramento de la unción de los enfermos y se hizo recitar el relato de la Pasión según los Evangelios. Antes de morir se presentó en la celda el príncipe Orsini para pedirle la bendición. Igualmente el padre Francisco, su sobrino, le pidió la bendición. Era un sábado y dijo: *Qué buen día para morir, día consagrado a la Inmaculada en la Orden franciscana. También en sábado murió san Francisco.* Después, con su sobrino, recitó las primeras palabras del Oficio divino: *Dios mío ven en mi ayuda; y murió en la paz de Dios. Su mirada estaba dirigida hacia el cielo como atraído por un ser invisible.*

Buenaventura Cianchetta anota: *El padre José murió en Amatrice, en nuestro convento de capuchinos de Santa Margarita, en una celda vecina a la mía y que era reservada a los Superiores. Murió el 4 de febrero de 1612 cerca de las nueve de la noche. Murió de cáncer en las partes íntimas. Fue sepultado en la iglesia del convento a un palmo de la tierra en una caja mandada hacer por el propio príncipe Orsini. Yo lo confesé, le di la comunión, le di el sacramento de la unción y expiró en mis brazos*⁵².

En el momento de su muerte, en el convento de Gubio, un religioso estaba en oración, vio subir al cielo una columna de fuego y gritó: *Oh hermanos, si supieseis. Ha muerto un gran siervo de Dios.*

SU CUERPO

Las autoridades locales y los médicos querían apoderarse del cuerpo del santo para embalsamarlo y enterrarlo en una iglesia de la ciudad y no en el convento. El padre Francisco, su sobrino, reclamó e hizo valer sus derechos. Se procedió a sacarle el corazón. Uno de los operadores, distraído, se hizo un profundo corte en un dedo y le salió mucha sangre. Felizmente que tocó el cuerpo del santo con su dedo sangrante y al instante se curó.

⁵² Proceso, p. 119.

La operación continuó y un perfume misterioso invadió el local. Cuando sacaron el corazón, del que se quería apoderar el príncipe Orsini, el padre Francisco afirmó que le correspondía por ser familiar. Esta reliquia, la más preciosa de todas sería un tesoro de la ciudad de Leonisa con el tiempo. Los operadores querían embalsamar el corazón, pero el padre Francisco consiguió que no lo hicieran y así quedó intacto sin embalsamarlo.

Después el príncipe insistió en que se enterrara en una iglesia de la ciudad y que antes de su sepultura fuera llevado en triunfo por la ciudad haciendo un alto en la catedral para que los canónigos hicieran una oración solemne. Su pensamiento era que se quedara allí definitivamente. Por eso el padre Francisco se opuso a que saliera de su convento y decidió que solo los capuchinos llevaran el cuerpo para evitar posibles desviaciones en el camino. El príncipe se oponía con fuerza, pero sus palabras provocaron un tumulto en la iglesia. De pronto, todo se calmó al ver que el cuerpo del difunto se levantaba y el rostro cambiaba de expresión, como si se volviera triste y un sudor se veía que surcaba su frente.

Fray Benedetto de Ancarano declaró: *Cuando el cuerpo del padre José estaba en la iglesia, vi que el rostro y su mano tenían sudor*⁵³.

*Su cadáver comenzó a sudar en el rostro, en las manos y en todo el cuerpo. Yo soy testigo, afirmó su sobrino el padre Francisco, Superior de Amatrice. Tomé un pañuelo y le sequé su rostro y volvió a sudar, en especial la cabeza y los cabellos. Aproveché este hecho para indicarle al príncipe Orsini que el santo no quería que fuera alejado de ese lugar. Así el tumulto surgido por querer llevarlo en procesión por la ciudad se calmó y se celebraron muchas misas y se encendieron muchas velas. Y para mayor seguridad, lo llevé a una sala vecina a la iglesia y la cerré con llave. Más tarde lo llevamos a la iglesia y mucha gente quería tocar su cuerpo con rosarios, besando sus manos y sus pies, cortando algunos cabellos, uñas o pedazos del hábito. Todo esto lo refiero, porque estuve presente durante todo el tiempo que duraron las funciones sagradas en la iglesia*⁵⁴.

Los funerales fueron solemnes y su cuerpo fue depositado en la sacristía, esperando la sepultura definitiva. Cinco días más tarde, este cuerpo santo, fresco y flexible, exhalando un suavísimo perfume de paraíso, fue enterrado en la iglesia conventual, al costado del altar mayor. Diecisiete días más tarde, cuando el obispo de la diócesis deseó verlo, estaba en las mismas condiciones de conservación. Seis meses más tarde, para atender los deseos de la princesa

⁵³ Proceso, p. 140.

⁵⁴ Proceso, p. 221.

Orsini, lo encontraron igual. Pero desde que fue enterrado comenzó una procesión de enfermos que iban al sepulcro a buscar la salud; y el santo no se hizo esperar y comenzó a manifestar su gloria con una multitud de milagros asombrosos.

Después de su sepultura, mucha gente traía exvotos de plata, cera, imágenes pintadas, etc., para manifestar agradecimiento por algunos favores recibidos, hasta que el obispo mandó que los quitáramos para no darle culto antes de ser reconocido por la Iglesia ⁵⁵.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

La señora Francesca, hija de Spaziano, relata: *Mi padre hace 25 años fue corneado por uno de nuestros bueyes en el campo. La cornada hizo salir las vísceras y tenía muchos dolores. Por dos años aguantó estos dolores. Por fin se encomendó al padre José y recibió la salud, se levantó de la cama y me dijo: “Estoy curado, me he encomendado a fray José y me ha hecho el milagro”. Desde entonces esa herida no le dio nunca más problemas como yo pude comprobar* ⁵⁶.

Olimpia Perrotti nos dice: *Alguien me hizo un sortilegio o atadura y el cuerpo me había crecido como si estuviera encinta. El primer día de la Cuaresma fui a misa a recibir la ceniza y caí al suelo como muerta. Mi esposo me llevó a Leonisa, a los capuchinos, para que me hicieran exorcismos. Me dieron de beber por tres veces de un vino bendito y me hicieron tocar las reliquias del padre José, un cordón, un manto, las sandalias, el cilicio, un crucifijo y su corazón. También caí al suelo sin conocimiento en esa ocasión. Después de ocho días, mi esposo me llevó de nuevo a los capuchinos, de nuevo besé las reliquias y me encomendé al padre José. Apenas llegué a mi casa vomité una sustancia que tenía muy mal olor como de azufre y una cosa que parecía la cabeza de un pez y era grande como una mano. Sentí un sabor fuerte y amargo en la boca, pero quedé liberada. La cabeza del pez, cuando cayó al suelo, se partió y parecía tener dentro pedacitos de carne maloliente. A causa del mal olor no se podía estar en la casa. Mi cuñada Gabriela Brunetta lo tiró todo y yo quedé libre de la atadura y del encantamiento. Y esto fue por intercesión del padre José* ⁵⁷.

⁵⁵ Proceso, p. 222.

⁵⁶ Vida, p. 124.

⁵⁷ Vida, p. 125.

Lorenzo Novelli de Amatrice recuerda que *fue al bosque para cortar palos para su viña y se dio un golpe con el hacha en la rodilla que le salió mucha sangre y tenía mucho dolor. Se subió a su caballo con dificultad y se fue a su casa. Se acostó y sus familiares le pusieron clara de huevo. Vino Pedro, su hermano médico, y le quitó la clara de huevo y le puso un unguento de óxido de plomo, pero parecía que no le hacían nada. Después llegó su madre con un pañuelo manchado con sangre y sudor del padre José, se lo puso en la rodilla y al poco rato ya se sentía bien y pudo levantarse sin dolor*⁵⁸.

Tomás, hijo de Lelio Palla, declaró en 1639: *Hace doce años, yo tenía un fuerte dolor de cabeza que no pasaba con ninguna medicina y fui al convento de los capuchinos de Leonisa y un padre capuchino tocó mi cabeza con el cilicio y el crucifijo que había usado fray José, y así me curé. Hace unos dos meses un pariente mío, Bastiano Palla, llevaba cuatro meses con fiebre continua, fue al convento a hacerse tocar con las reliquias del santo y se curó de inmediato*⁵⁹.

Su sobrina Margarita Petronio refiere: *Tenía yo un hijo pequeño de nueve años, que estaba en cama con fiebre y mucho dolor de cabeza, le puse una tela del hábito que había usado el padre José, invité a mi hijo a rezar conmigo un padrenuestro y un avemaría y, de pronto, me dijo: “Mamá, la cabeza me dolía mucho, pero ahora ya no me duele”. Y esta gracia fue obtenida por intercesión del padre José*⁶⁰.

La señora Ángela, madre de Libenzio, recuerda: *Una mañana de invierno estaba vistiéndolo a mi hijo de siete años y se me escapó de las manos y cayó de cabeza en unos carbones encendidos. Yo comencé a gritar y a encomendarme al padre José. Lo llevé a los padres capuchinos de Leonisa y le dieron un unguento. A los seis o siete días mi hijo estaba bien y sin señales*⁶¹.

Cinzia, sobrina del padre José, nos dice: *A mi hijo José de seis meses, un día lo puse en una silla cerca del fuego y, como era inquieto, se cayó sobre las brasas del fuego que había colocado cerca. Me fui a la ventana a ver si venía mi esposo Marcelo y me puse a gritar al ver que mi hijo tenía quemada la cara hasta las orejas. Vinieron varios vecinos y todos dijeron que el niño quedaría ciego o desfigurado y que era mejor que muriera que quedarse monstruo. Le pusieron remedios y durante bastantes días tenía una costra y no podía abrir sus ojos. Yo me encomendé al padre José para que me concediera su salud, porque*

⁵⁸ Vida, p. 217.

⁵⁹ Proceso, p. 60.

⁶⁰ Vida, p. 78.

⁶¹ Vida, p. 77.

era mi tío; y mi hijo se sanó totalmente sin ningún problema en la vista ni en la cara. Solo en la boca quedó una pequeña señal como recuerdo ⁶².

Sé que después de su muerte dio vista a un ciego de nacimiento. Este antiguo ciego se llama Félix, hijo de Benedetto Chiaretti y de Ansidonia, su esposa. Un día de abril de 1630 me llamó su padre Benedetto que fuese a visitar a su hijo que había nacido 4 días antes. Fui como médico a su casa y examiné al niño. Me di cuenta de que los párpados estaban pegados, toqué los párpados con mis dedos durante un padrenuestro y un avemaría y, al ver que el niño no lloraba, comprendí que ninguna medicina podía curarlo. Por eso invité a los papás a confiar en Dios y a tener paciencia. El niño permaneció ciego durante siete u ocho meses. Y un día, al pasar por la casa, vi al niño que tenía los ojos abiertos y observé que sí veía. Me dijeron que lo habían llevado al convento de los capuchinos de Leonisa y el padre José Mastrozzi le había hecho la señal de la cruz con el corazón del padre que estaba en un recipiente de cristal y de pronto, sus ojos se abrieron y comenzó a ver. Me quedé asombrado de un milagro tan extraordinario dado que ni la naturaleza ni la ciencia médica podían haberlo sanado ⁶³.

Lucia, hija de Annunzio Laureti, afirmó: Hace unos 20 años, el día después de san Pedro, mi hijo Domenico se había enfermado con fiebre y así llevó un mes y medio o dos; y, a pesar de las medicinas, no mejoraba. Los dos médicos que lo atendieron, lo desahucieron y no regresaron más a visitarlo. Yo tenía mucha confianza en el padre José y recé un padrenuestro y un avemaría, encomendándome a él. Fui ante la cruz que él mismo había plantado y dije: “Cruz santa, dale la salud a mi hijo, si es mejor para él”. Con la boca arranqué un pedazo de madera y se lo llevé a mi hijo, colocándoselo en el cuello. Apenas se lo puso mi hijo, se curó, la fiebre desapareció y solo le quedó la debilidad de la enfermedad. Después de dos días en cama, se levantó y, desde entonces, siempre ha estado bien de salud ⁶⁴.

Ángela, hija de Annunzio Laureti, declaró: Mi hermana Giovanna estaba gravemente enferma desde hacía siete semanas y tenía fiebre. Los médicos no le daban ninguna esperanza de curación. Yo decidí poner en un vaso con agua un hilo de la túnica del padre José y unos pelos de su barba y le dije a mi hermana: “Ten confianza, como el padre José ha resucitado al buey, así sus reliquias te pueden dar la salud”. Bebió el agua y comenzó a sudar mucho y me dijo: “Hermana, ya estoy curada”. Por la mañana se levantó, le llevó el almuerzo a mi madre, que estaba en el trabajo, y, cuando regresó a casa, encontró al

⁶² Vida, pp. 79-80.

⁶³ Proceso, pp. 62-63.

⁶⁴ Proceso, p. 93.

*médico que se hizo la señal de la cruz de asombró, diciéndole que por la tarde estaba desahuciada y por la mañana estaba ya curada, pidiendo explicaciones de qué había sucedido. Ella respondió: “Dios me ha ayudado”*⁶⁵.

Una testigo afirma que, estando en Visso, había una señora que estaba sorda y había que gritar fuerte para que entendiera algo. A los veinte días regresé y la encontré totalmente sana. Me dijeron que había venido fray Francisco de Leonisa que tenía un pedacito de hueso del padre José y con él le tocó ambos oídos. También lo colocó en un poco de agua y pidió que en la tarde le echaran unas gotas en cada oído. Así lo hicieron y, a la mañana siguiente, estaba totalmente curada como pudimos constatar.

Otro caso que he visto es el de un hombre enfermo mental, a quien la gente lo evitaba como si fuese un animal feroz. Yo le vi cometer actos poco normales, como por ejemplo tirar a cualquiera que se le acercaba una podadera. Un día su esposa me pidió orar por su esposo y yo le aconsejé que se encomendara al padre José y que fuera a visitar un retrato suyo que había en nuestro convento de Visso, expuesto en la iglesia. Esa mujer se fue a rezar ante el retrato del santo y, al volver a casa encontró a su esposo sano. Yo personalmente lo he visto ya sano⁶⁶.

El padre Francesco de Sellano refiere: *Hace unos 11 años comí unos hongos. Dormí cinco horas, me desperté para rezar Maitines y sentí unos fuertes dolores en los costados, de modo que me fui a la cocina a calentarme al fuego. Me aplicaron diversos remedios, pero no me ayudaron en nada. Llamaron al médico, que no pudo venir por la fuerte lluvia, y ordenó que me dieran teriaca (antiveneno), pero tampoco me ayudó. Vomité los hongos, pero no sentí mejoría y el médico Nicolo Sellani avisó a los padres que no había esperanza. Mientras esperaba recibir la unción de los enfermos, pensé en el padre José y le pedí que me ayudara, prometiéndole que todos los días rezaría en su honor tres padrenuestros y tres avemarías, si me curaba. Me dormí y, cuando me desperté, ya estaba completamente sano. Era la mañana de la vigilia de la fiesta de san Simón y san Judas*⁶⁷.

Refiere el padre Ruggero de Casia: *Al padre Sixto de Norcia le oí decir que mientras un jovencito regresaba a su casa sobre un burrito, se cayó y su boca y su garganta quedaron gravemente heridas con una caña que le hizo salir mucha sangre; y no podía ni hablar ni comer. El médico dijo que el joven moriría y, si quedaba vivo, quedaría mudo. Sucedió que pasaron por allí dos*

⁶⁵ Proceso, pp. 99-100.

⁶⁶ Proceso, pp. 140-141.

⁶⁷ Proceso, p. 180.

padres capuchinos y la madre del joven les contó lo sucedido. Uno de los hermanos, creo que fue fray Dionisio de Norcia, le invitó a la señora a tener fe, porque quería tocar la garganta del joven con una reliquia del padre José y así lo hizo. De pronto el joven tuvo deseos de comer, su madre le dio comida y pudo comer normalmente, y lo mismo hablar. Estaba curado ⁶⁸.

Giovanni Marino, hijo de Bradde Pulcini, asegura: *Cinzio Toti de Leonisa, mi tío, durante 10 años estuvo enfermo de modo que no podía caminar derecho. Caminaba arrastrándose con pies y manos. Tenía la boca torcida de una parte, creo que era la izquierda; la boca le llegaba hasta la oreja como el ojo izquierdo y bajaba hasta la mejilla, estando fuera de la órbita. Parecía un monstruo, espantoso de ver. A este tío lo llevaron Giuseppe Paolini, Giovambattista Petronio y Matteo Faranfa a los capuchinos de Leonisa y un fraile le puso sobre la frente el corazón del padre José. Apenas recibió la señal de la cruz en la frente, sus pies, manos, la boca y los ojos tomaron su lugar normal y quedó curado, como si nunca hubiese estado enfermo; y regresó solo a su casa con asombro de todos los que lo conocían* ⁶⁹.

Ángela, hija de Prospero y Consiglia, relata: *Mi hijo Francisco Antonio de unos once años, desde hacía más de un año estaba con fiebre continua y le descubrieron dos llagas, una en el pecho y otra en la espalda. Estas llagas, después de seis meses, se infectaron y salía mucho pus. Busqué a tres médicos forasteros y dos de la zona y, a pesar de las medicinas y emplastos, no mejoró y los médicos lo declararon desahuciado. Entonces decidí ir al convento de los capuchinos para que le aplicaran alguna reliquia del padre José, pero el padre Superior, fray Mateo, me dijo que debía traerlo personalmente. Regresé a casa, lo hice levantar de la cama y, poco a poco, lo llevé al convento. El Superior me pidió que esperara. Así estuve hasta la tarde en que por las muchas personas o porque el obispo prohibía tocar a los enfermos con las reliquias, tuve que marchar a casa descorazonada. Se lo comuniqué a mi hermano y él me dio que le dejara el asunto a él. Al día siguiente fue a mi casa el padre Mateo con una tela que había usado el padre José y me pidió disculpas por haberme hecho esperar el día anterior. Cuando se fue, partí en dos la tela y cada parte se la puse en una llaga del pecho o de la espalda. Mi hijo durmió como hacía mucho tiempo no lo hacía. Al día siguiente fui a curar sus llagas y vi que estaban cicatrizadas. Y después de dos o tres días, en que recuperó las fuerzas, estaba totalmente curado y, desde entonces hasta hoy, no ha tenido enfermedades* ⁷⁰.

⁶⁸ Proceso, pp. 198-199.

⁶⁹ Proceso, p. 79.

⁷⁰ Proceso, p. 125.

Ansionia, hija de Bersciano Palla, nos dice: *Tenía 20 años y hacía 12 que tenía una fiebre continua. Durante tres meses estuve de continuo en cama y era tal la gravedad que me provocaba la pérdida de la conciencia y hasta ceguera. Me dieron muchos remedios, pero no hubo resultados positivos. Entonces mis padres y mi tía Julia me llevaron al convento de los capuchinos de Leonisa. Un padre forastero me tocó con el corazón del santo, con el cilicio también y me ciñó con el cordón que había usado y, de inmediato, quedé curada sin fiebre y sana de la mente. Pude ver con total claridad, de modo que volví a casa sin ayuda y desde entonces no he estado enferma y veo perfectamente* ⁷¹.

Paolina, esposa de Massenzio, relata: *Mi tía Diamante estaba poseída por el demonio y hacía muchos actos extravagantes y gritaba a veces como un perro. Esto decían, que era debido a una atadura. El sacerdote del lugar no le hacía exorcismos y quedó durante un año con esos males. Un día una pariente suya me dijo que la acompañara para llevar a Diamante al convento de los capuchinos de Leonisa. Allí le pedimos a un religioso que sacara las reliquias del santo y se las pusiera a Diamante. Se las colocó, rezó por ella, el religioso le hizo algunos exorcismos y quedó libre y curada definitivamente* ⁷².

Declaró Castoria, hermana del padre José: *Unos tres meses después de su muerte en Amatrice fui al convento de los capuchinos y me hicieron ver su cuerpo. Yo toqué su cuerpo, sus pies, su carne y parecía de una persona viva, pero estaba fría. Le toqué las manos, le alcé los brazos y parecían de persona viva y tenía los labios rosados. No parecía muerto, a no ser porque estaba frío* ⁷³.

Otro día me sentí mal y toda la parte izquierda de mi cuerpo estaba sin sensibilidad, desde la cabeza hasta la planta de los pies. Así estuve tres meses. Oí que Dios hacía milagros por intercesión de mi hermano José y recé: “Fray José, ven aquí; ¿por qué no me curas mientras das tantas gracias a otros?”. Esto era a medianoche, Me dormí y me pareció ver a José con su hábito capuchino que había entrado en mi casa y me parece que le dije: “Tócame un poco el brazo”. Tuve la sensación de que me tocaba el brazo y me desperté. No vi a José. A la mañana siguiente estaba sin dolores, aunque muy débil y comí incluso con la parte izquierda y, desde entonces, estoy sana. Mi hijo Antonio manifestó que en la noche había gritado, cuando sentí que mi hermano José me tocaba el brazo y quedé sana ⁷⁴.

El padre Francisco de Leonisa, sobrino del santo, certifica: *El señor Cardone de Narni había sido desahuciado de los médicos por la rotura de una*

⁷¹ Proceso, pp. 73-74.

⁷² Vida, pp. 113-114.

⁷³ Vida, pp. 19-20.

⁷⁴ Vida, pp. 20-21.

vena en el pecho y la consecuente hemorragia en las partes íntimas que le duró cinco o seis días. Le llevaron la reliquia de un dedo del santo con la cual le tocaron el pecho y la frente y le hicieron beber un poco de agua en la que había estado inmerso el dedo y de inmediato cesó la hemorragia y la fiebre y quedó sano.

Un Viernes Santo, el señor Antonio Ercoli de Narni tenía fiebre alta con delirios. Le hice beber un poco de agua en la que había metido la reliquia del dedo y después de dos días se levantó de la cama totalmente curado.

La señora Francesca Cardoni estaba en su viña de Fornoli y vino un fuerte temporal con granizo que amenazaba arruinar toda la región, pero se salvó su viña, porque había echado agua en la que había metido el dedo del santo. En particular se salvaron los árboles, que estaban llenos de flores.

En Gubio hace unos siete años, cuando yo era el Superior allí vino una señorita llamada Agnese de Cantiano, acompañada de su hermana y de dos mujeres. Me explicó que, desde hacía 17 años, no podía comer pan, porque le provocaba vómitos de sangre con fuertes dolores. Yo mezclé un poco de agua con vino en una taza y eché dentro unas cuatro o seis tajadas de pan con el dedo del santo de modo que tocara el líquido y el pan. Apenas bebió y comió el pan, sintió un poco sensación de vómito, pero no vomitó. A partir de ese momento, siempre pudo ya comer el pan. A un vecino de Gubio le cayó un árbol encima y quedó como muerto, sin conocimiento. Lo llevaron en una silla a su casa. Me llamaron sus hermanas y fui llevando un poco de agua en la que había metido anteriormente el dedo del santo. Se la hice beber y desde ese momento se durmió. Al despertar estaba ya plenamente sano. Estuvieron presentes sus hermanas y algunos de sus familiares ⁷⁵.

ASÍ ERA ÉL

Era un hombre de profunda oración, de modo especial ante Jesús Eucaristía. Vivía permanentemente en unión con los santos y con los ángeles. Recordemos que el pajarito que se presentó en el barco en medio de la tempestad era un ángel. Un ángel lo liberó del patíbulo, cuando estaba a punto de morir en Constantinopla.

Un día mandó a su ángel a liberar a Joaquín Chiodoli de un maleficio. Otro día, cuando pasaba por el camino del hospital, su hermana Ángela lo vio y le pidió leer el Evangelio a su amiga Lucrezia, que estaba enferma con dolores. L

⁷⁵ Proceso, pp. 225-226.

El le dijo: *No tengo tiempo, pero mando a mi ángel para que la cuide. Y desde ese momento, Lucrezia quedó sana.*

Sobre su amor a la Virgen María basta recordar que rezaba el rosario todos los días y le manifestaba su amor con las jaculatorias más lindas que se le ocurrían. Él le pedía siempre a María que le enseñara a amar cada día más a Jesús.

Por otra parte, su vida de pureza y austeridad le llevaban a no mirar el rostro de las mujeres y a darse disciplinas por la conversión de los pecadores.

Fabrizio Sinibaldi declaró: *Sé que el padre José con frecuencia se iba caminando por los bosques a pie desnudo y llevaba las sandalias atadas a la cintura. Así caminaba cuatro o cinco millas. Esto lo sé, porque lo he visto varias veces y alguna vez lo acompañé. Cuando le preguntaba por qué hacía eso, me respondía que hacía falta mortificarse* ⁷⁶.

No se olvidaba de las almas benditas. Pedro Annunzio recuerda que *en su última enfermedad visitó al padre José y él quiso levantarse para celebrar la misa. Se lo quiso impedir por estar enfermo. Y el padre José le dijo: “Hijo, las pobres almas del purgatorio están esta mañana esperando mi misa”*. Y la celebró, a pesar de su debilidad ⁷⁷.

Era servicial y atento con todos, sobre todo con los pobres, enfermos y ancianos. En Constantinopla se dedicó en cuerpo y alma al cuidado material y espiritual, especialmente de los esclavos. Cuando estaba en su convento, lavaba los platos, barría y hacía los trabajos más humildes, aunque también sabía corregir a los religiosos que decían palabras vanas o impropias.

Y como se consideraba un pecador por su humildad, todos los días se confesaba como preparación para la misa. Cuando iba al comedor con la Comunidad, si había pescado, él sólo quería comer las cabezas para dejar a los demás lo mejor.

Y lo mismo sucedía con otras cosas: quería siempre lo peor, lo que nadie quería, lo mismo en el alimento que en el vestido o en las tareas comunes.

Cuando visitaba iglesias y veía suciedad en los ornamentos y objetos religiosos, reprendía a los sacerdotes y él mismo lo limpiaba. En las misiones populares, aconsejaba la Exposición del Santísimo y el amor a María; y

⁷⁶ Proceso, p. 165.

⁷⁷ Vida, p. 242.

acostumbraba a colocar cruces en los montes o lugares altos, enseñando a todos a defenderse del Maligno con la señal de la cruz, el agua bendita y la devoción a María, a los ángeles y a los santos.

En una palabra, el padre José era un hombre de Dios y Dios hacía muchos milagros por su intercesión. Era un hombre de oración. Un hombre de Eucaristía, ya que la misa era el centro de su vida y de cada día.

Muchas veces de le veía repitiendo jaculatorias o rezando el rosario. A veces se extasiaba y hasta se levantaba en levitación del suelo; otras veces su cabeza brillaba con una luz sobrenatural que asombraba a los presentes.

Y, a pesar de sus mortificaciones y penitencias, era un hombre alegre y sonriente. Porque vivía en constante unión con Dios y esto lo hacía inmensamente feliz.

En este mundo en que vivimos, llenos de miedo, de angustias y sufrimientos, los santos son hombres de paz y de alegría, podríamos decir por ello que san José de Leonisa, al igual que otros santos, era el hombre más feliz del mundo, sobre todo cuando estaba en íntima unión con Dios en la oración. Y también cuando conseguía la conversión de los pecadores, lo que le producía una inmensa alegría y felicidad.

SUS RESTOS

La ciudad de Amatrice poseía el tesoro del cuerpo del santo, pero su ciudad natal de Leonisa lo deseaba y creía tener más derecho que nadie. El padre Francisco había llevado a esta ciudad el corazón y algunas otras reliquias importantes, pero todos esperaban la ocasión favorable para robar el cuerpo. Esto sucedió en el terremoto de 1639, a los 22 años de la muerte del santo. Numerosos edificios cayeron a tierra y muchos de sus habitantes huyeron al campo. Los habitantes de Leonisa vieron en esto la ocasión propicia y un grupo de 40 hombres se dirigieron a Amatrice durante la oscuridad de la noche. Saltaron las tapias del convento de los capuchinos de esta ciudad, sacaron el cuerpo del santo del sepulcro y se lo llevaron a espaldas esa misma noche a Leonisa. Al llegar a su ciudad, hicieron tocar las campanas, y toda la población se llenó de alegría. Por fin poseían el tesoro de su santo. El cuerpo fue sepultado en un lugar secreto que solo fue revelado en la apertura del proceso de canonización en 1670, cuando se debía hacer el reconocimiento de su cuerpo.

Cuando en 1867 el gobierno suprimió los conventos religiosos y los capuchinos debieron salir de Leonisa, las autoridades civiles y religiosas de la

ciudad transfirieron al santuario todas las reliquias conservadas en la iglesia de los capuchinos para que no quedaran sin custodia. En 1906 volvieron los capuchinos a su convento y pidieron el regreso de los sagrados restos y reliquias del santo, pero no pudieron recuperarlos.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

Fue beatificado por Clemente XII el 22 de junio de 1737 en la basílica de san Juan de Letrán. Para su canonización fueron aprobados dos milagros Uno de un niño de Leonisa, que no tenía tejidos óseos, de dos años de edad. Milagro ocurrido en 1739, después de haber colocado al niño sobre el altar donde estaba la urna del beato en el santuario de san José de Leonisa de esa ciudad. El otro milagro fue la curación de una niña de diez años, llamada Antonia Morelli, que tenía una fístula en el seno y que fue sanada en 1741, después de ser ungida con aceite de la lámpara que ardía delante del cuerpo del santo en Leonisa. Su cuerpo se encuentra ahora en una magnífica urna, fabricada en 1737, en su santuario de Leonisa.

Fue canonizado por el Papa Benedicto XIV el 29 de junio de 1746. Su fiesta se celebra cada año el 4 de febrero, fecha de su muerte. El Papa Pío XII el 12 de enero de 1952 lo proclamó patrono de las misiones capuchinas de Turquía.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san José de Leonisa, podemos alabar a Dios por las maravillas que sigue haciendo en sus santos. Ellos son nuestros hermanos y siguen preocupándose por nuestra suerte eterna. Si los invocamos, podremos obtener de ellos muchas bendiciones y gracias divinas que, de otro modo, no recibiremos.

Para ello es preciso tener fe, porque en la actualidad hay muchísimos que se dicen cristianos católicos y no creen ya en la presencia real de Jesús en la Eucaristía o en la virginidad de María o en el perdón de los pecados a través de la confesión. Y así podríamos decir de otros puntos fundamentales de la doctrina católica.

De ahí que sea imprescindible para nuestra vida terrena y, por consiguiente en vistas a la eternidad que nos espera, que podamos tener fe, pero una fe fuerte y profunda que no se tambalee ante las dificultades de cada día ni ante los argumentos capciosos de los ateos o de los que tienen otras religiones.

